FEDERICO BALART

HORIZONTES

—POESIAS—

TERCERA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
2, Carrera de San Jerónimo, 2

1897

DERECHOS RESERVADOS.

MADRID.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».

Á

EMILIO CASTELAR

HORIZONTES

PRELUDIO

Cuando desde la senda que triste huello
Miro al cielo tendido de monte á monte,—
Dándome, ya su sombra, ya su destello,
Nubes y astros alternan en mi horizonte;

Y, ora en el cielo el astro descuelle altivo,
Ora la nube al suelo dé obscura alfombra,
Ni el astro ni la nube jamás esquivo,
Y, según el influjo que así recibo,
Vestidos van mis versos de luz ó sombra.

Pero, aunque en las tinieblas duelos incube
La miserable vida que humilde arrastro,
Sé que, si al astro á veces vela la nube,
Sobre la nube siempre destella el astro.

Por eso, en la tormenta y en la bonanza,
Los ásperos escollos del mal evito:
Siempre en los cielos pongo mi confianza;
Siempre eres tú mi norte, noble Esperanza:
¡Y harto en mi derrotero te necesito!

Mis intenciones fallan, aun siendo puras;
Luchando con la suerte voy brazo á brazo;
Y, completas en todo mis desventuras,
Á mis venturas siempre falta un pedazo.

Á las densas tinieblas hechos mis ojos,
Con la luz de la dicha tal vez me ofusco;
Los pies en sangre llevo tintos y rojos;
Y, avezadas mis manos á los abrojos,
Para tejer el nido, la zarza busco.

No insensato deploro, con queja vana,
Como excepción injusta la suerte mía:
El dolor es la prueba del alma humana;
Sin él, virtud no hubiera. No.—¡Ni poesía!

Homero, Dante, Tasso, Milton, Cervantes
El azote probaron de la Fortuna:
Hoy sus nietos sufrimos lo que ellos antes;
Y, pigmeos nosotros, y ellos gigantes,
Con tamaño distinto, la esencia es una.

Cerrad, cerrad el libro de mis canciones
Los que de novedades sintáis capricho;
Para quien no disfraza sus emociones,
En materia tan vieja todo está dicho.

Hoy brillan las auroras como brillaban,
Y rugen las tormentas como rugían,
Y las águilas vuelan como volaban,
Y brotan los laureles como brotaban
Cuando á Dante y á Homero la sien ceñían.

Nunca herirá las fibras del sentimiento
Quien pasiones ficticias darnos intente,
Miserable hojarasca que barre el viento:
Lo que nadie ha sentido, nadie lo siente.

En cambio, la poesía fiel y espontánea
Que sinceros afectos celebra ó llora,
De todas las naciones es conterránea,
Y es de todos los siglos contemporánea,
Y es de todas las almas consoladora.

Y, aunque pasiones varias tal vez la animen
Como expresión suprema del sentimiento,
Sus huellas en el alma mejor se imprimen
Cuando el amor le infunde fuerza y aliento.

Es amor, á mis años, flor inverniza
Sin el matiz ardiente de la amapola;
Pero, aun seca y estéril, aromatiza
Las páginas del libro donde desliza
Un pétalo caído de su corola.

No es aluvión venido de la montaña,
Que chozas y cosechas arrastra al río:
Es lluvia bienhechora que el campo baña
Con sus gotas menudas como rocío.

No es repentino rayo que se atropella
Y espesuras y mieses raudo aniquila;
Es fanal que, en la sombra, puro destella:
Lo que ayer dió en las nubes ígnea centella,
Ya en cristalina bomba da luz tranquila:

Luz que de toda niebla desgarra el velo;
Luz que el miedo, y la duda, y el mal destierra;
Luz que su ardiente foco tiene en el cielo,
Y apacible su rayo vierte en la tierra.

Universal afecto, tierno cariño
Que de amor, á hurtadillas, usurpa el nombre,
Es pasión impoluta como el armiño:
Es el amor que tiene la madre al niño,
Es el amor que Cristo consagró al hombre.

Por él, la mar tranquila de mi conciencia
Con las brumas del odio nunca se empaña;
Por él, aunque me engañe mi inteligencia,
Mi corazón sencillo nunca me engaña;

Por él, aunque el recuerdo del bien lejano
Que me robó la muerte conservo fijo,
Miro ya como propio todo lo humano;
Por él, en cada viejo veo un hermano;
Por él, en cada joven abrazo un hijo;

Por él, en la tormenta y en la bonanza,
Siempre hacia las regiones del bien navego;
Siempre eres tú mi norte, noble Esperanza;
Siempre á ti, Piedad santa, la vela entrego;

Y, por él, aunque en sombras su duelo incube
La miserable vida que humilde arrastro,
Cuando mi amarga pena más alto sube
Sé que, si al astro á veces vela la nube,
Sobre la nube siempre destella el astro.

Octubre de 1896.

MEDITACIÓN

—

Sabio, en verdad, muy sabio es nuestro siglo:
Ni trasgo, ni quimera, ni vestiglo,
Ni tartárea visión
Ofuscan su serena fantasía,
Cuyo fondo penetra, clara y fría,
La luz de la razón.

Los altos vuelos de la mente humana,
Las risueñas promesas de mañana,
Las victorias de ayer,
Todo concurre á enaltecer su imperio,
Y el címbalo, y el arpa, y el salterio
Celebran su poder.

Para la ciencia humana no hay ya enigma:
En todo imprime su profundo estigma
Viril la Humanidad;
Y en sus manos, que tierra y mar trastornan,
Las audaces hipótesis se tornan
En viva realidad.

Mas ¡ay! el hombre, en su constante anhelo,
La mirada jamás dirige al Cielo,
De otra verdad en pos;
Y al mirar á esa turba tornadiza
Que ni reza ni llora, me horroriza
La soledad de Dios.

Sobre este campo de tenaz pelea,
Ni un incensario para honrarle humea,
Ni un altar queda en pie;
Y á la puerta del Cielo solitaria
Ya no llega el clamor de la plegaria
Ni el himno de la fe.

Sobre el antiguo dogma derruído,
Como cárabo insomne teje el nido
La pálida Ansiedad;
Y, extinguida la lámpara que clara
Brillaba, en torno de la inútil ara
Reina la obscuridad.

«¿Hay Dios?» — pregunta el hombre á la alta esfera;
«¡Sí!» — contesta la noble Fe sincera;
La Impiedad grita: — «¡No!»
Y la Duda, que escarba los escombros,
Levantando las cejas y los hombros,
Responde: — «¡Qué sé yo!»

Ya ni un hijo de Abel el mundo encierra:
La raza de Caín puebla la tierra.
Con insensato afán
Cunde y cunde — ¡diabólica demencia! —
La lucha del que vive en la opulencia
Y el que muere sin pan.

El rico sigue su triunfal camino
Sin sondar los secretos que el destino
Cela en lo por venir;
Y, mientras dura la presente vida,
Fija en ella la mente, sólo cuida
De gozar y reir.

Y el pobre, de ambición y envidia ciego,
En vez de alzar á Dios humilde ruego,
Dice en su corazón:—
«¿Á qué invocar en mi cruel dolencia
Á un sér que ni socorre mi indigencia
Ni calma mi aflicción?»

¡Horrenda insensatez!—Aunque el tesoro
De la bondad divina, en lluvia de oro
Quieras mandarnos, dí,
¿Á quién, oh Dios clemente y soberano,
Tu limosna darás, si ya no hay mano
Que se alargue hacia Ti?

La suya el hombre contra el hombre mueve
Con franca saña ó con rencor aleve
Que hiere por detrás;
Y, si en su empeño insano al Cielo apremia,
Tal vez se oye en su labio la blasfemia:
La plegaría jamás.

¿Se oirá, por fin?—¡Se oirá! Tarde ó temprano,
Siempre la senda del dolor humano
Pára en Getsemaní.
¡Allí, Señor, en duelo el alma inundas;
Y al cabo las pupilas moribundas
Se elevan hacia Ti!

1895.

MURCIA

DESPUÉS DE LA INUNDACIÓN

A D. José Martínez Tornel

Ante su inmenso desastre
Consternada Murcia está,
Viendo cuánto á sus temores
Excede la realidad.

Ya Segura y Sangonera,
Mermado el común caudal,
Sus turbias ondas dividen
Y en cauce vuelven á entrar.

Lo que el agua ayer cubría,
Del agua surgiendo va:
¡Cuadro horrible que los ojos
Se niegan á contemplar!

¡Entre Carrascoy y Espuña,
Legua y media de fangal!
¡Veinte leguas de pantano
Desde Lorca á Guardamar!

Lugares y caseríos
Montón de escombros son ya;
El tarquín borra la linde,
Y el légamo ciega el caz;

Lo que ayer fué paraíso
Ya es charca pestilencial
Donde al hedor de la muerte
Acude el buitre voraz,

Y de sus densos vapores
Nace nueva tempestad
Que arroja, con nuevo estrago,
Nueva lluvia torrencial.

Florida huerta de Murcia,
Tan bella como feraz,
Donde apacible y serena
Corrió mi primera edad,

¿Dónde están tus alquerías?
Tus riquezas ¿dónde están?—
¡Si de ellas saber pretendes,
Cuenta de ellas pide al mar!

Dios las echó en sus abismos
Al soplo del vendaval,
Para probarnos que es humo
La humana felicidad.

Un rayo de su mirada
Del mundo muda la faz,
Y torna en lago á Sodoma,
Y á Palmira en arenal.

¡Terribles son las lecciones
Que la Omnipotencia da!
¡Bajo el peso de su diestra,
Llorad, murcianos, llorad!

Perdidos veis en un hora
Siglos y siglos de afán;
Pero gracias dad al Cielo
Los que eso perdéis no más;

Si en torno volvéis los ojos,
En torno podéis mirar,
Mayor que la vuestra propia,
La ajena infelicidad.

No es desdicha la desdicha
Que el oro puede aliviar:
¡Ay de aquellas desventuras
Que nadie remediará!

Con el tiempo y el trabajo,
Que de abundancia es raudal,
Lo que hoy ciénaga infecunda
Jardín á ser volverá.

Las vegas y las colinas
De verdor coronarán
La morera y el naranjo,
La palmera y el nopal.

Vuestras perdidas riquezas
Mayores renacerán,
Y al fin gozaréis de nuevo
La antigua prosperidad.

Pero á los tristes que gimen
Sin familia y sin hogar,
A los que yacen sumidos
En viudez ó en orfandad,

Con todo el poder humano
¿Quién devolverles podrá
El seno que les dió abrigo
Y el brazo que les dió pan?

Á muerto tocan, á muerto,
Los bronces de la ciudad;
Mujeres, niños y ancianos
Alzan clamor funeral;

Llorando sus desventuras
Por calles y plazas van:
¡Ni encuentran quien los consuele,
Ni consuelo quieren ya!

¡Venturosos ¡ay! aquellos
Que sucumbieron al par,
Sin ver cortados los lazos
Del amor y la amistad!

Desposados que en las ondas
Hallasteis lecho nupcial;
Madre que, al hijo abrazada,
Volaste á la eternidad;

Niños muertos al amparo
Del regazo maternal,
Cual flores que, al tallo unidas,
Arrebata el huracán,

¡Afortunados vosotros
Que juntos dormís en paz!
¡Desventurados aquellos
Que lloran su soledad!

En vano invocan la Muerte,
Por término á su penar:
¡La Muerte no tiene oídos!
¡Harto lo sé por mi mal!

Cuatro meses hace, cuatro,
Que reclamándome están
Un cadáver en la tierra
Y un alma en la eternidad.

Cuatro meses, cuatro meses
Llevo en congoja mortal:
Ahogándome están las penas,
¡Y no me acaban de ahogar!

Esposa, que desde el Cielo
Mi angustia mirando estás,
La mitad sobra en mi lecho,
Y en tu huesa la mitad.

Como pájaro sin nido,
Vivo en duelo perennal:
Quien morir te vió en sus brazos
¿Cuándo á verte volverá?

No temas, Murcia, no temas
Que este inextinguible afán
Me obligue á olvidar un punto
Tu inmensa calamidad.

En ti comenzó mi vida,
Y en ti acaso acabará:
¿Cómo pudiera, en tu duelo,
De ti mi mente apartar?

Aun mi propia desventura
Me ayuda á sentir tu mal:
¡Porque sé lo que son cuitas,
Por eso las sé llorar!

Noviembre de 1879.

FUERZA Y BONDAD

—

Yo te admiro, Señor, en la tormenta
Que iracunda revienta
Por cima de los montes y los mares;
Yo te adoro, Señor, en esa altura
Cuya techumbre obscura
Tachonan las estrellas á millares.

Sujetas ambas á tu augusta mano,
Ante el linaje humano
Una te aclama fuerte y otra bueno;
Pero, en la turbación como en la calma,
Mejor comprende el alma
La luz del astro que la voz del trueno.

1880.

EL TOQUE DE ORACIÓN

—

Al marqués del Llano de San Javier

La campana que en grave melodía,
Trayendo paz al ánimo cobarde,
Saluda la primera luz del día
Y el último destello de la tarde,

Al alma, enardecida ó congojada,
Una vez y otra vez dice, Dios santo,
Que la aurora es la luz de tu mirada,
Que es la noche la sombra de tu manto;

Y me avisa, enfrenando mis pasiones
Ó alentando mi espíritu medroso,
Que tus ojos vigilan mis acciones
Y tu manto cobija mi reposo.

Ella mi mente al despertar recrea,
Ella á mis noches da blando beleño;
Y por ella es fecunda mi tarea,
Y es por ella pacífico mi sueño.

Sonoro bronce cuya voz sagrada
Mis amarguras en amor convierte:
Cuando su yerta mano descarnada
Ponga en mi pecho la implacable muerte,

Saluda, á un tiempo, en himno de victoria
La postrimera luz pálida y fría
De esta vil existencia transitoria,
Y el sol naciente de mi eterno día.

QUIETUD

A mi prima Antonia Cano de Lanzarote

I

¡Mira cuál duerme, de inquietud ajeno!
En vano en el hogar, de luto lleno,
Sus estragos derrama la Fortuna.
Ni ambición ni recelo le importuna:
¡No hay en la vida sueño más sereno
Que el sueño de la cuna!

II

¡Mira cuál duerme en su apacible asilo!
En vano del dolor le amaga el filo;
En vano el huracán furioso zumba;
En vano el universo se derrumba:
¡No hay en el mundo sueño más tranquilo
Que el sueño de la tumba!

A AMALIA ORTIZ

—

Tienes negro el cabello, negros los ojos,
La mejilla trigueña, los labios rojos.
La voz en ellos brota, clara y risueña,
Como el agua que salta de peña en peña,
Y tus huellas imitan, finas y leves,
Las huellas de las aves sobre las nieves.

Mejor que esos hechizos de tu persona,
Es la flor delicada que los corona;
Y esa flor, que en tu pecho vierte su esencia,
Es la flor de las flores: es la inocencia.

CARIDAD

—

Qui donne au pauvre prête à Dieu.
VÍCTOR HUGO.

¡Murcia ayer! ¡Hoy Granada! Cuando en duelo
Gime la Humanidad,
Tú abres siempre la fuente del consuelo,
¡Oh bendita virtud hija del Cielo!
¡Oh ardiente Caridad!

Ciudades sin ventura que al espanto
Sucumbís y al dolor,
España entera, en entusiasmo santo,
La pena os calma, y os enjuga el llanto
Con ósculo de amor.

Ninguno en vuestro auxilio es el postrero:
Con mano liberal
Os cede el labrador su pobre apero,
Su trabajo el artífice, el bracero
Su mezquino jornal,

Y hasta el mendigo que importuno ruega
Del caminante en pos,
Con noble arranque su óbolo os entrega:
Por el amor de Dios, da lo que allega
Por el amor de Dios.

Á su ejemplo, vosotros los que el oro
Sabéis amontonar,
Abrid los senos del arcón sonoro:
¡Repartid, repartid vuestro tesoro!
¡Repartid sin contar!

¡Dios, que da su follaje al bosque umbrío
Y al alba su arrebol,
Para templarnos el calor y el frío
No cuenta, no, las gotas del rocío
Ni los rayos del sol!

¡Oh ricos, no mostréis más duro pecho
Ni más sórdido afán
Que los que el cielo azul tienen por techo,
Las losas de los pórticos por lecho,
La esperanza por pan!

Si no dais por el puro sentimiento
Que va del bien en pos,
Dad por lucro: ¡por uno tendréis ciento!
¡Lo que dais al desnudo y al hambriento,
Eso prestáis á Dios!

Enero de 1885.

PER UMBRAS

—

A Carlos Cano

Cuando, al calor del maternal cariño,
El inocente niño
Inseguro en la tierra sienta el pie,
Al entregarlo á la falaz Fortuna
«¿Adónde, adónde vas?»—dice la cuna;
Y él dice:—«¡No lo sé!»

Cuando, llevado en brazos del destino,
Por abrirse camino
Deja el mozo el hogar donde creció,
Ya que el umbral pacífico traspasa,
«¿Adónde, adónde vas?—dice la casa;
Y él dice:—«¡Qué sé yo!»

Cuando el anciano, en brazos de la Muerte
Reclina el cuello inerte,
Y el espíritu ciego huyendo va,
Mientras el cuerpo en tierra se derrumba,
«¿Adónde, adónde vas?»—dice la tumba;
Y él dice:—«¡Dios sabrá!»

———

EN UN ÁLBUM

—

Abre al amor el alma,
Niña hechicera;
Prefiere á triste calma
Grata inquietud:

Primavera sin flores
No es primavera;
Juventud sin amores
No es juventud.

LA GOLONDRINA

—

A Magdalena Grilo

¿Sabes tú, Magdalena peregrina,
Por qué viene á llamar, cada mañana,
La misma golondrina
Con la misma canción á tu ventana?

Pues, si tú no lo sabes,
Pregúntalo á tu padre, que conoce
Secretos tan recónditos y graves
Por la antigua amistad y estrecho roce
Que tiene con las flores y las aves.

Él te dirá..... Mas no; que, aunque es muy serio,
Cuando habla de los pájaros, tu padre,

Ese dulce misterio
Mejor lo explicará tu dulce madre.
Y por ella sabrás que el Dios que enciende
Las estrellas del cielo, el Dios que tiende
Su alfombra de verdor en las campiñas,
Amoroso pretende
Que lo que en el colegio no se aprende
Se lo enseñen las aves á las niñas.

Por eso, al renacer la primavera,
Que de flores esmalta monte y prado,
La avecilla parlera,
De tan graves encargos mensajera,
Vuelve al nido desierto y no olvidado
Que dejó en el alero del tejado.
Y con eso te enseña —no lo dudes—
Hablando á tu infantil entendimiento,
El amor á la casa: ¡gran cimiento
Para fundar domésticas virtudes!

Y cuando artificiosa
Con átomos de barro apresta el nido,
Te muestra lo que puede, niña hermosa,

El trabajo constante y repetido
De la que es diligente y hacendosa.
Y cuando, á la mañana,
Pasa alegre rozando tu ventana
Que la primera luz del alba dora,
Te dice la habladora:—
«Ya, descorriendo los nocturnos velos,
Se levanta la aurora,
Sonrisa luminosa de los cielos:
¡Despierta, Magdalena, que ya es hora!»
Y así te enseña á ser madrugadora,
Y así te evita sustos y desvelos
En la noche traidora.
Porque la que madruga, niña mía,
Se rinde al sueño cuando empieza el vano
Terror que infunde la tiniebla fría;
Y la luz, que restaura la alegría,
Sin mirar si es invierno ó si es verano
Se levanta temprano, muy temprano:
¡Y tan temprano!—¡Al despuntar el día!

Si, á esa luz, que despierta los sentidos,
Á observarlas te inclinas,

Verás que, en grupos nunca confundidos,
Viven de dos en dos las golondrinas,
Y que nunca, olvidadas de sus nidos,
Profanan los que ocupan sus vecinas.—
Pues, con esas costumbres amistosas,
Cuyo fondo es tan bueno,
Te enseñan el respeto de lo ajeno,
¡Respeto que comprende tantas cosas!
Cosas que no te explico de presente,
Ni aun te cito sus nombres—
Aunque fuera, en verdad, muy conveniente,
Porque difícilmente
Se suelen encontrar entre los hombres.

Sigue, sigue observando, Magdalena;
Que la curiosidad es cosa buena
Cuando con la prudencia se concilia;
Y, desde tu ventana,
Verás, á lo mejor, una mañana,
Que se aumentó en el nido la familia.
¿De dónde son venidos
Los polluelos?—¡Misterios de los nidos!
Mas, dejando cuestión tan espinosa,

Observa aquella prole bulliciosa
Que, aunque apenas se mueve, chilla y clama,
Y que á la madre aleteando llama,
Cuando, al volver al nido presurosa,
Con la inquietud vehemente de quien ama
Les reparte alimento..... y otra cosa:
¡Ternura, amor, caricias!—
¡Lo que á ti, de tus mimos en albricias,
Te prodiga tu madre cariñosa!

De tal modo, la amante golondrina
Siempre tu corazón al bien inclina;
Y, con esas dulcísimas tareas,
Te anuncia otros deberes y otros goces
Que hoy, pobre pequeñuela, no conoces
Ni puedes comprender aunque los veas.
¡Ya llegará el instante!
El amor maternal es la postrera
De las dichas que prueba el alma amante;—
¡Y, por mucho que el año se adelante,
No madura la fruta en primavera!

Ya lo ves, Magdalena: el Dios clemente

Que ilumina los ámbitos obscuros
Con el rayo del sol resplandeciente,
Quiere que, iluminando nuestra mente,
Los preceptos más puros
Los dicte un inocente á otro inocente:
Y así el bien se difunde, de alto á bajo,
Pasando de unos seres á otros seres;
Y así llegan las niñas á mujeres
Sabiendo sin esfuerzo y sin trabajo
La sublime lección de sus deberes,
Que les enseña la Bondad Divina
Por boca de una pobre golondrina.

Aun mejor que tu padre,
Siempre en altos problemas abismado,
Esto te explicará tu santa madre:
Aunque—bien meditado—
En ese hogar, de sus virtudes templo,
Donde la dicha de los suyos labra,
¿Á qué lo ha de explicar con la palabra,
Si lo explica mejor con el ejemplo!

Con él, niña preciosa,

Y con esta moral color de rosa,
Que hoy patrañas de viejo acaso creas,—
Cuando llegues á ser madre y esposa
Sé honrada y buena para ser dichosa,
¡Y acuérdate de mí cuando lo seas!

Julio de 1888.

Á MI AMIGO C***

AUSENTE, POR GRAVE RAZÓN, AL MORIR SU MADRE

¡Cumpliste tu deber! Compadecida
Ve tu acerbo dolor, desde la altura,
La que no pudo darte, en su amargura,
El beso de la eterna despedida.

Por el materno amor enaltecida,
Su lágrima postrera de ternura
Hoy, en su frente, vívida fulgura,
Corona santa de su santa vida.

Ella, que supo con delirio amarte,
Hoy, que el lauro alcanzó de la victoria,
Sabrá desde los cielos consolarte;

Y, de tu ausencia al conocer la historia,
El beso que al morir no pudo darte,
Será el primero que te dé en la gloria.

Marzo de 1889.

CONSOLACIÓN

A Antonio Grilo

No prodigues tus lágrimas en vano,
Pobre Antonio, por leves sinsabores,
Ni humilles tu altivez á los rigores
De áspera condición y de odio insano.

Recobra de tu espíritu lozano
La serena quietud; y nunca llores
Mientras mi amor ofrezca á tus dolores
Brazos de amigo y corazón de hermano.

¡Llora ¡ay! cuando al deber y á las ideas
Sacrifiques tu bien, y, en torpe juicio,
Tu ofrenda santa escarnecida veas!

¡Llora cuando, ciñéndote el cilicio,
Befado expires, y expirando creas
Que el mismo Dios rechaza el sacrificio!

2 de Febrero de 1889.

Á PURA IÑIGO

ENVIÁNDOLE UNA LETRA PARA MÚSICA DE SU PADRE

—

Pura, el tierno cariño que te profeso
Sólo expresar podría dándote un beso;
Porque en mí labras
Afectos que no caben en las palabras.

Noble amistad sincera debo á tu padre;
Dulce amiga mi esposa fué de tu madre;
Tú, con mi niño,
Jugabas á la sombra de su cariño.

Aun bienhechora endulza las penas mías
La bendita memoria de aquellos días:
¡Recuerdo santo
Que mis áridos ojos inunda en llanto!

Por eso, el sentimiento que en mí se labra
Expresarse no puede con la palabra;
Niña, por eso
Te repito que sólo cabe en un beso.

Desde las venturosas horas aquellas,
Mi cariño á tu vida sigue las huellas:
Siempre hago mías
Á la par de tus penas tus alegrías.

Hoy que el cierzo desnuda campo y floresta,
De placer coronada llega tu fiesta;
¡Mas precedida
Del invierno del año y el de mi vida!

Sin aliento, sin fuerza, sin paz, sin calma,
Ni una flor puedo darte, niña del alma;
Que, en sus rigores,
La vejez y el invierno viven sin flores.

Juguete de mi estrella siempre contraria,
Sólo el dón puedo hacerte de una plegaria:
Pobre corona
Que en las aras ofrezcas de tu Patrona.

Ya que de mí tu madre la solicita,
Para ti va pensada, para ti escrita:
Canto ó lamento,
Las gracias que le faltan halle en tu acento.

Tenla, pues; y al decirla con alma pura
Como sencilla ofrenda de tu ternura,
Tú, niña mía,
Ruega á Dios por el triste que te la envía.

1889.

DESPUÉS DE UNA LECTURA

Ciencia estéril, que triunfas satisfecha
Rechazando evidentes realidades,
Tu vista—¡vanidad de vanidades!—
Desaciertos de Dios, sin fruto acecha.

Tu soberbia satánica desecha
Lo que esperanza fué de otras edades,
Y mentiras parecen las verdades
Á tu confusa luz, de sombras hecha.

La mirada jamás alzas al Cielo;
La conciencia recusas por testigo;
Y llevas, con amargo desconsuelo,

En tu propia sospecha tu enemigo,
Tu propio torcedor en tu recelo,
Y en tu propia victoria tu castigo.

13 de Enero de 1889.

CUMPLEAÑOS

—

¡Un año más!—Con su celaje obscuro,
Con su nieve, su escarcha y su neblina,
Sobre esta frente que al dolor se inclina
Cincuenta y ocho inviernos pesan ya;
Y al vislumbrar la mente, en lo futuro,
Visiones que se extinguen incoloras,
Mira pasar de las perdidas horas
El negro enjambre que volando va.

El tiempo, que jamás la planta sienta,
Devorando las noches y los días,
Ya rasga el manto á las tinieblas frías,
Ya al crepúsculo extingue el arrebol;

Y una vez y otra su arenario cuenta
El polvo del desierto, grano á grano,
Y agota su clepsidra el Oceano,
Y su cuadrante embota el rayo al sol.

Arrebatado en incesante vuelo,
Cuanto la mente á concebir alcanza,
Cuanto es blanco falaz de la esperanza,
Cuanto soberbia inspira y gloria da,
Cuanto brilla en la tierra y en el cielo,
Desde el átomo al astro luminoso,
Sueño es ¡ay! que en su velo tenebroso
La sombra del olvido envolverá.

¿Qué memoria en la tierra deja el hombre?—
¿Qué rastro deja por el mar la nave!
¿Qué rastro deja por el viento el ave!
¿Qué rastro deja por el cielo el sol!
¡La Muerte borra, al par de nuestro nombre,
Las vanas glorias que el orgullo crea,
Como borra en la playa la marea
Las huellas del ausente barquerol!

Y, aun en la áspera senda de amarguras
Donde entre abrojos el dolor anida,
¿Qué es la humana carrera? ¿qué es la vida?
¡Sufrir, lidiar, caer, llorar..... morir!
No es otra la corona de venturas
Que el Tiempo nos ofrece despiadado:
¡Esas las flores son que dió el pasado!
¡Esas las que promete el por venir!

¡Ah! si al menos, el ánimo abatido
La luz del bien entre la bruma viera,
Con su benigno rayo hallar pudiera,
Ya que no la ventura, la quietud.
Pero, en densas tinieblas sumergido,
¿Quién la esperanza del acierto abriga?
¿Sabe el tallo, Señor, lo que es espiga?
¿Sabe el hombre, Señor, lo que es virtud?

¿Quién seguro aquilata sus acciones,
Si por falta ó por sobra de energía,
Ya es la resignación vil cobardía,
Ya la noble constancia obstinación?

¡Siempre, velada en lúgubres crespones,
Se oculta la verdad: nadie la alcanza;
Y en el trémulo fiel de la balanza
Se columpia indecisa la razón!

¡Ah! Cuando triste, muda, misteriosa
La noche se aproxima, y paso á paso
Va tu sol acercándose al ocaso,
Desconocido abismo para ti,—
Al tocar en el borde de la fosa
Donde otra vida inescrutable empieza,
Si no sabes morir con entereza,
Miserable mortal, ¿qué sabes? ¡Dí!

Muera, Señor, conmigo mi memoria;
Quede al mundo ignorada mi existencia;
Pero dame la paz de la conciencia,
Hoy que al fin del camino siento el pie.
No te pido, Señor, fama ni gloria,
No te pido grandeza ni ventura,
No te pido ni aun tregua en mi amargura:
¡Valor te pido, y esperanza, y fe!

Noche del 21 al 22 de Octubre de 1889.

DOS MILAGROS

Al hacer tus negros ojos,
Dos milagros hizo Dios:
De dos gotas de tiniebla,
Dos rayos de luz sacó.

1889.

ABRIL

A Vicente Pérez Calleja

En dulce quietud extraña
Sumergido yace el campo,
Y el sol, que los cielos baña,
Desflora apenas el ampo
De la nieve en la montaña.

Abril, que del yermo suelo
La bruma invernal destierra,
Para consolar un duelo
Viste al árbol verde velo
Y alfombra verde á la tierra.

Las aguas que aprisionadas
En transparente cristal
Ayer durmieron calladas,
Corren al fin desatadas
En bullicioso raudal;

Y entre su rumor sonoro
Los amantes ruiseñores
Alzando inefable coro
Velan el dulce tesoro
Del nido de sus amores.

La selva, ayer despojada,
De sus frondas hace alarde;
En la espléndida enramada
Toda es cantos la alborada,
Toda es aromas la tarde;

Y porque en hora ninguna
Falte un astro que pregone
Todo el bien que el mundo aduna,
Al tiempo que el sol se pone
Surge en oriente la luna.

Corazón que en tu dolor
Negabas la Providencia,
¡ Bendice al Sumo Hacedor!
¡TODA ESA LUZ ES CLEMENCIA!
¡TODA ESA VIDA ES AMOR!

MUJERES Y ROSAS

Rozagantes, alegres, frescas, lozanas,
La mujer y la rosa son dos hermanas:
Flores divinas
Impregnadas de aroma, llenas de espinas.

¡Oh mujer! entreabiertos y perfumados,
Tus dos labios parecen, acariciados
Del tibio aliento,
Dos péta los de rosa que arrulla el viento.

¡Oh rosa! de las auras al manso arrullo
Tus pétalos, saliendo de entre el capullo
Puros é ilesos,
Parecen unos labios que buscan besos.

En las agrias pendientes de nuestra vida,
Lo mismo á la bajada que á la subida,
Yermo, infecundo,
Sin mujeres ni rosas ¿qué fuera el mundo!

Si la gracia es aroma, desde la infancia
Son rosas las mujeres por su fragancia;
Mas, cual las rosas,
No son las más fragantes las más hermosas.

Rosa y mujer, al rayo del alba pura,
Del amor y el rocío cobran frescura;
Mas, con el frío,
El amor pára en llanto, como el rocío.

Rivales en belleza y en lozanía,
La mujer y la rosa duran un día;
Pero su aliento,
Aun después de marchitas, perfuma el viento.

Mujer: si osado el hombre tu honor ofende,
La virtud es la espina que te defiende;
Con ella armada,
Serás, cuanto más dura, más codiciada.

Ya amarillas, ya blancas, ya purpurinas,
Rosas verás acaso faltas de espinas;
Pero ¡ay! paloma,
¡La que no tiene espina no tiene aroma!

Noviembre de 1889.

REVERBERACIÓN

—

Charco donde hallo el sol reproducido:
Tanto las turbias aguas ennobleces
Con la imagen prestada, que pareces
Fragmento de los cielos desprendido.

Mas, si á impulso del viento, sacudido,
Tus linfas tenebrosas estremeces,
Á los ojos atónitos ofreces
El cieno en tus entrañas escondido.

¡Oh mente humana, charco de agua obscura:
Cuando tus olas la impiedad altera
Muestras por fondo el vicio ó la locura;

Y, bajo el hueco de la azul esfera,
Sólo pareces bella, y clara, y pura,
Cuando Dios en tu seno reverbera!

AGUA Y ARENA

—

A mi sobrina la niña Dolores Cano y Cathalán

Niña que por la playa de Cartagena
Vas buscando mariscos entre la arena:
Mientras en tu inocencia cantas y ríes,
De la arena y el agua, por Dios, no fíes,
Porque, aunque es Cartagena tranquilo puerto,
En la arena y el agua todo es incierto.
¡Ay de cuanto la estéril onda marina
Lame con su traidora lengua felina!—
Mejor es que en el campo busquemos flores:
Deja, deja la playa, niña Dolores,
Y oye una barcarola que, en su cariño,
Me cantaba mi madre, siendo yo niño.—
Pero ¡no! tan lejana quedó esa historia,
Que no respondo, niña, de mi memoria;

Y, alterada la letra que antes sabía,
Ni sé si es de mi madre ni sé si es mía.
De aquella barcarola que ella cantaba
Sólo sé á punto fijo que así empezaba:
«Ésta, niño, es el agua, y ésta la arena,
Y éste el puerto seguro de Cartagena.»

*

¡Cartagena bendita, seguro puerto,
De borrascas marinas siempre á cubierto!
Recostada en su altivo cerro eminente,
La ciudad te resguarda por Occidente;
Como fieros gigantes de adusto porte,
Sentado al Sur el uno y el otro al Norte,
Porque nunca te ofendan los elementos
Dos montes te protegen contra los vientos,
Y á flor del agua tienes oculta roca
Que, mordaza invisible, cierra tu boca.
Si algo Naturaleza pudo negarte,
Con su próvida mano lo suplió el arte:
Cuando airado el Leveche la mar altera,
Se estrellan las corrientes en tu escollera;

Nave que combatieron olas bravías
En tu arsenal repara sus averías,
Y el que en tus fondeaderos encuentra asilo
Sin temor de huracanes duerme tranquilo;
Que en cuanto mar limitan roca y arena
No hay puerto más seguro que Cartagena.

*

Una noche.....—Esa noche ya está muy lejos:
¡Los que entonces muchachos, hoy somos viejos!—
Tranquila reposaba la mar bravía;
Tierra, y olas, y vientos ¡todo dormía!
De improviso, las aguas alzando en comba,
Del abismo insondable surgió una tromba,
Que, seguida del trueno y el torbellino,
De tu boca en las sombras halló el camino.
Combatiendo encontrados los huracanes
Con el ronco bramido de cien volcanes,
Las naves entregaron en un momento
Los penoles al agua, la quilla al viento.
Roto quedó el velamen, las jarcias rotas,
Rotos estáis, obenques, drizas y escotas.

Formando con sus olas montes y valles,
El mar venció los muelles y entró en las calles;
Y el viento, como un niño que en la llanura
Sin esfuerzo quebranta la mies madura,
No dejó mastelero, bauprés ni entena
En el puerto seguro de Cartagena.

*

¡Cartagena valiente, gloria de España,
Plaza la más segura que el ponto baña!
Quien de lejos te mira jamás comprende
La fuerza prodigiosa que te defiende:
Tus aguas son escasas, tu ambiente impuro,
Tu polígono informe, débil tu muro;
No prestan á tu escarpa defensa alguna
Contraguardia, hornabeque ni media luna,
Y aun de frágil ladrillo son los merlones
Que protegen el fuego de tus cañones.
Por eso, el que á tu adarve tiende la vista,
Fácil juzga la empresa de tu conquista;
Pero pronto su orgullo ponen á raya
San Julián y Galeras y la Atalaya.

Mezquinos son tus viejos muros sencillos,
Pero inmensa la fuerza de los castillos
Que, dominando en torno mar y llanuras,
Son corona y defensa de tus alturas.
Cuando en ellos, el bronce fulmina y truena,
No hay plaza más segura que Cartagena.

*

Pero, aunque eres tan fuerte, tan formidable,
Nunca altiva presumas de inexpugnable.
Dos veces á rebeldes diste guarida:
Las dos fuiste asediada, las dos rendida.
Los que la vez primera suya te vieron,
Valerosos y audaces te defendieron.
Combatiendo á la sombra de sus banderas,
Del sitiador llegaron á las trincheras.
Soldados y paisanos, como leones,
Arrostraron el fuego de los cañones.
¡Y al fin te abandonaron, como el enjambre
La colmena abandona: cediendo al hambre!—
La vez segunda, en mengua de tu decoro,
Lo que el hierro no pudo lo pudo el oro.

La rebelión, que en sangre la patria abisma,
Como escorpión se vuelve contra sí misma.
Los castillos que fuertes te defendieron,
Al interés vendidos, te combatieron,
Y al comprador al cabo se abrió sin pena
La plaza inexpugnable de Cartagena.

*

Ya lo ves, niña mía: no existe asilo
Á cuyo amparo el hombre viva tranquilo;
No hay lngar en la tierra, grande ó pequeño,
Que á salvo de peligros nos guarde el sueño:
Cuanto cobija el manto del cielo obscuro,
Todo, todo es precario, todo inseguro.
Poder, fortuna, fama, gloria, belleza,
Valor, saber, talento, virtud, nobleza,
Risueñas esperanzas, cuidados graves,
Victoriosas banderas, potentes naves,
Cuantas glorias ensalzan clarín y lira,
Cuanto á la cumbre llega y á más aspira,
Cuanto eleva en sus brazos próspera suerte,
Todo, todo es incierto,—¡menos la muerte!

Tal es, vista sin velos, la humana vida:
¡Á elevación más grande, mayor caída!
Ni el águila en los aires vuela segura,
Ni la estrella en los cielos perpetua dura.
¡Todo es ¡ay! como el agua! ¡como la arena!
¡Como el puerto y la plaza de Cartagena!

Septiembre de 1889.

DIÁLOGO

A Eusebio Blasco

El mar en su lengua
Dice al manantial:—
«¿Á qué corren y corren tus aguas
Si en mí han de parar?»

«No importa»—responde
La fuente inmortal—
«Esas aguas, en nubes y lluvias,
Á mí volverán.»

*

Mutación perpetua,
Vida universal,
Rueda inmensa que giras y giras,
¿En qué pararás!

1892.

EXPLORANDO

A Manuel del Palacio

Más allá de los mares turbulentos,
Más allá de los pálidos nublados,
Más allá de los cielos estrellados,
Donde acaban los tenues elementos,

Penetran mis altivos pensamientos
Buscando á Dios, inquietos y obstinados,
Y en tinieblas se pierden abismados,
Siempre de luz y de verdad sedientos.

¡Silencio!... ¡Soledad!... ¡Sombra!... ¡Vacío!...
Del Sér Eterno, en vano, pido nuevas
Al antro enorme, pavoroso y frío;

Sólo una voz me dice:—¿Á qué te elevas?
¿Á qué, con temerario desvarío,
Buscas lejos de ti lo que en ti llevas?

1892

DEUS IGNOTUS

Buscar lo inmaterial con los sentidos
(Aspiración del ánimo impaciente)
Equivale al esfuerzo del demente
Que se empeñara en ver con los oídos.

Los miserables, de mujer nacidos,
Aunque agucen los ojos y la mente,
No te han de ver, oh Esencia Omnipotente,
Mientras caminen cuerpo y alma unidos.

¿Qué son Hades, Ormuz, Osiris, Brama?.....—
¡Formas deformes de la eterna duda
Y de la eterna fe que al hombre inflama!

¡No importa! Cuando de ellas te desnuda,
Sumo Bien la conciencia te proclama,
¡Oh Realidad impenetrable y muda!

1892.

IN EXCELSIS

Implacables doctores cuya ciencia,
Preñada de rencor y de codicia,
Da á Dios por atributo la malicia
Que hierve en vuestra sórdida conciencia

Respetad su tranquila Omnipotencia
Libre al par de flaqueza y de sevicia:
¡No exijáis la crueldad á su justicia!
¡No taséis el perdón á su clemencia!

Mientras descarga el lóbrego nublado
Que el monte atruena y al león asusta
En su cóncava gruta refugiado,

Detrás del velo de la nube adusta,
El cielo azul, sereno y estrellado,
Guarda su eterna mansedumbre augusta.

1892.

EXHORTACION

El sol de nuestra vida
Desde su alegre aurora palidece,
Y su antorcha encendida
Rayo á rayo decrece,
Hasta que en el ocaso desparece.

¡Placer, amor, belleza
(Frutos precoces que jamás maduran),
Honor, gloria, riqueza,
Cuando mejor fulguran,
Destellos son no más que un punto duran

No pongas tu esperanza
Jamás en tan efímeros trofeos,
Y, con mayor pujanza,
Á más altos empleos
Encamina tu audacia y tus desos.

Nunca pechos honrados
Con aplausos humanos se enardecen:
Los laureles sagrados
Que eternos reverdecen
Al otro lado de la tumba crecen.

Allí la soberana
Luz del Supremo Bien pura destella,
Y la gloria mundana
Parece, á la par de ella,
Lo que á la par del sol pálida estrella.

Mas, si gozarla quieres,
Con incesante afán trabaja y suda:
No esperes ¡ay! no esperes
Que á tu codicia ruda
Sin labor ni semilla el campo acuda.

Los inquietos cuidados,
Los duros sacrificios, los desvelos
En el bien empleados,
Los férvidos anhelos
Llaves son de la puerta de los cielos.

No en inacción menguada
Mires las prestas horas ir volando:
La bóveda estrellada,
Vueltas y vueltas dando,
Va el hilo de tu vida devanando.

Ni el nocturno beleño
Esperes al nacer el alba fría,
Ni al entregarte al sueño
En la noche sombría
Cuentes con el albor del nuevo día.

¿Piensas, piensas acaso
Que eterna dura la existencia humana?
¿Ó, al teñir el ocaso
De ópalo y oro y grana,
Te ha prometido el sol volver mañana?

En las claras auroras
Como en la sombra de la noche obscura,
Pasa en afán tus horas:
¡No esperes la futura,
¡Ay! que ni la presente está segura!

AL NIÑO

IGNACIO DE PALACIO Y MAROTO

EN EL ACTO DE SU BAUTIZO

Dios, que por tu suerte vela,
Duplicando estrechos lazos
Te da su gracia en los brazos
De la madre de tu abuela:

¡Él, por sus altos decretos,
Te conceda en la vejez
Apadrinar á tu vez
Á los hijos de tus nietos!

21 de Junio de 1895.

CONSEJO

—

No ahuyentes al mendigo sin socorro,
Con viles amenazas:
Cuando á un pobre rechazas de tu corro,
¿Sabes á quién rechazas?

¡Ah! ¿tan seguro estás de tu linaje
Que no abrigas siquiera
Ni lejano temor de que ese ultraje,
De rechazo te hiera?

Ése, que en Dios al menos es tu hermano,
¿Sabes quién es de fijo?—
¡Ay! ¡teme hallar un padre en cada anciano
Y en cada mozo un hijo!

12 Abril 1896.

SALUTACIÓN

—

Ásperas Asturias
Que os alzáis gallardas
A la vera vera
De la mar salada;

Olas turbulentas,
Férvidas resacas
Que azotáis sus rocas
Y laméis sus playas;

Bosques rumorosos,
Prados de esmeralda
Que sacude el viento
Y acaricia el aura;

Valles apacibles,
Rígidas montañas,
Pinos de sus cumbres,
Flores de sus faldas:

Desde las llanuras
Por el sol tostadas,
De aridez cubiertas,
De verdor escasas,

Donde Manzanares,
Entre arenas pardas,
Su raudal mezquino
Bebe á Guadarrama,

Peregrino errante
Vine á esta comarca,
Sin vigor, sin fuerza,
Sin quietud, sin calma.

La salud del cuerpo
Sólo aquí buscaba,
Y hallo al fin con ella
La quietud del alma.

Fuertes asturianos,
Bellas asturianas,
Prole fiel de aquellos
Que con noble audacia

Tras de siete siglos
De ásperas batallas,
Desde Covadonga
Fueron á Granada:

¡Dios bendiga el suelo
Que, con noble savia,
Generoso cría
Tan potente raza!

Cimas invencibles,
Peñas escarpadas
No oprimidas nunca
De extranjera planta,

Donde cada roca,
Donde cada braña
Un esfuerzo inspira
Y un recuerdo guarda;

Tierra venturosa,
Tierra veneranda,
Cuna de valientes,
Núcleo de la patria:

Mientras en civiles
Luchas enconadas
Sus antiguas fuerzas
Pierde nuestra España;

Mientras la bandera
De carmín y gualda
Por sus propios hijos
Ve despedazada;

Mientras las naciones
Antes tributarias
Con siniestros ojos
Miran nuestra infamia,—

En tus hondos valles,
En tus cumbres altas
En tus claros ríos,
En tus costas bravas

Todo cuanto alienta,
Todo cuanto canta,
Todo cuanto puede
Conmover las almas,

Selvas, mares, fuentes,
Aves, flores, auras,
Dicen á mi oído:—
«¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

Playa de Salinas, Septiembre de 1893.

PAREJA MIXTA

A Mr. Achille Millien

Desde el primer sollozo de la cuna,
Dos hadas siguen mi camino errante:
Una blanca, locuaz y rozagante;
Otra severa, silenciosa y bruna.

Delante va la blanca, en mi fortuna,
Por los prados que alegra el sol brillante;
Por los yermos, la negra va delante
Al turbio rayo de la triste luna.

Aquélla, de cansancio dolorida
Deja mi planta; compasiva y fuerte
Ésta á la paz y al sueño me convida.

¿Quién sois—les digo—espectros de mi suerte? —
Yo—responde la blanca—soy la Vida.—
Yo—responde la negra—soy la Muerte.

23 Febrero 1892.

CENIZA

Al Conde de las Almenas

Ya se apaga confuso el vocerío
Del pueblo que á la crápula se entrega.
Como murmullo de profundo río,
Ya á mis oídos indistinto llega
El lejano rumor de gran gentío.

¡Locura que horroriza!
¡Aun no há dos horas, turba tornadiza,
Que, al pie de los altares prosternada,
Sobre la frente de pavor helada,
Temblando recibiste la ceniza!
«Recuerda que eres polvo, polvo vano»—
Te dijo al extenderla el sacerdote—
«Y en polvo pararás.»

¡Mortal liviano!
Y ya, olvidando el anunciado azote,

Tu licencioso Carnaval renuevas
Cubierto de careta fementida,
Cual si no te bastara la que llevas
En el curso ordinario de la vida!

Deja tu mascarada escandalosa,
Y ven á meditar donde te espero:
Aquí, lejos del mundo vocinglero;
Aquí donde, siniestra y misteriosa,
Habla la muerte su lenguaje austero.

Aquí, contra esos fúnebres umbrales,
Se estrellan las humanas saturnales;
Con silencio profundo
Callan aquí las locas bacanales;
Aquí se ve la pequeñez del mundo
Al través de esas losas sepulcrales.

Aquí la frente erguida
Que del fétido légamo nacida
Tuvo en alto desprecio al sér humano,
Hoy, en vil podredumbre convertida,
Ya reconoce al polvo por hermano.

Aquí, donde en el fondo de la huesa

Toda humana existencia se derrumba,
El inquieto gusano de la tumba
Nunca en su destructor trabajo cesa.
Mal su afán con el ocio se concilia:
Para él no nay fiesta, ayuno ni vigilia.
Todo, en servirlo, su eficacia emplea;
Todo sucumbe á su poder insano:
Cuando Dios Soberano
Mundos y mundos de la nada crea,
Su omnipotente mano
Prepara el alimento del gusano
Que voraz en las tumbas hormiguea.

*

Ven, pues: mi llamamiento no te asombre;
Que al fin has de venir, mal que te cuadre,
Donde vino tu padre,
¡Donde vendrá el postrero de tu nombre!

Ven, que no has de esquivar el lecho duro,
Ni el triste nicho obscuro,
Ni la pesada lápida inclemente
Que los abismos del sepulcro cierra,

Ni el vil montón de tierra
Con que el pisón oprimirá tu frente!

¡Verdad inolvidable y olvidada!
¿Ves esa loca turba enmascarada
Que, en ciego torbellino,
Cual agua de su cauce desbordada,
Persiguiendo el placer corre sin tino?
Síguela en su carrera atropellada:
Quizá de pronto la verás, curiosa,
En fantástico círculo apiñada
Inquirir afanosa
Algo que, al fin sabido, la anonada.
¿De qué nace su extraño desconcierto?
¿De qué su admiración? ¿De qué su espanto?
¿Qué ocurre, en suma, para asombro tanto?—
¡Caso imprevisto! ¡Que un mortal..... ha muerto!

*

¡Bebed! ¡reíd! ¡cantad! La alegre mesa
Rebosa de manjares y de risa.
¡Bebed! ¡reíd al borde de la huesa!—
El gusano fatal no tiene prisa.

No lo olvides, ignaro libertino:
En el curso fatal de tu destino
Será feliz ó mísera tu suerte;
Pero siempre hallarás en tu camino
Segura una catástrofe: la muerte.
De tu fortuna, próspera ó contraria,
No has de hallar quien el fin mude ni aplace:
La acción de la tragedia será varia,
Pero siempre es igual el desenlace.

¡Necios magnates, de ambición beodos:
Por más que la fortuna caprichosa
Reparta su favor de varios modos,
Hemos de ser, unidos en la fosa,
Ante Dios una vez iguales todos!

*

¿Iguales?—No; que aun en la tumba helada,
Poniendo á su locura el postrer sello,
La soberbia del hombre, desbocada,
Con insolente alarde yergue el cuello.—
«Éste—dice la losa blasonada—
Es el grande, el magnánimo el potente

A cuyo paso audaz temblaba el mundo;
Éste el que al cielo levantó la frente,
De reyes descendiente,
Gran soldado, político profundo;
Éste el que, ardiendo en generoso anhelo,
Al universo entero tuvo en guerra;
Éste.....»
¡Necia jactancia! ¡Mira al suelo
¡Estos son ¡ay! los siete pies de tierra
Con que nuestras grandezas mide el Cielo!

¡Oh mortal miserable!
Por más que tu soberbia desatada
De tu prosapia y tu poder nos hable,
Tu estirpe está de antiguo averiguada:
¡Siempres serás, reptil abominable
Hijo del cieno y nieto de la nada!

*

Sarcófagos, sepulcros, panteones,
Engendros del humano desvarío,
Que en frisos y frontones
Profanáis con hinchadas inscripciones

La austera palidez del mármol frío;
Profundos hipogeos
So las altas pirámides cavados;
Soberbios mausoleos,
Bajo el peso de bélicos trofeos
Y alabanzas pomposas agobiados;
Sepulturas que, en forma artificiosa
Disimulando el hueco de la tierra,
Procuráis disfrazar la negra fosa,
Boca insaciable que jamás se cierra;
Cenotafios de lápida historiada
Que fingís ocultar á humanos ojos
Los humanos despojos,
Perdidos en las fauces de la nada;
Mole desmesurada de Adrïano,
Aún firme en sus recónditos cimientos;
Arrogante columna de Trajano,
Desprecio de los siglos y los vientos,—
Aun más que funerarios monumentos
Condensaciones del orgullo humano:
¡Levantad vuestras cúpulas altivas!
¡Levantad vuestros fustes esculpidos!
¡Subid hasta las nubes fugitivas,
De regia pompa y vanidad henchidos!

¡Subid! ¡Subid! ¡Subid hasta lo sumo
De la etérea región obscura y vana!
¡Elévate sin fin, soberbia humana!—
¿Cómo no has de elevarte, si eres humo!

*

¡Mas no esperes la gloria
De arrancar al olvido tu memoria!

Hombres sin religión, hombres impíos
Que, impasibles y fríos,
Con siniestra sonrisa desdeñosa
Vais echando revueltos en la fosa
Los rígidos cadáveres sombríos,
¿Por ventura esperáis que, más piadosa
Conservará la suerte
Vuestra memoria al siglo venidero?
¿Pensáis, quizá, pensáis que es tierra inerte
Lo que cubre ese asilo postrimero?—
¡Olvido, negro olvido es lo que vierte
Sobre el lívido rostro de la muerte
La pala del brutal sepulturero!

¡Oh mortal engreído!
En vano tu soberbia soñadora
Resistir un instante ha presumido
A la acción de la Muerte destructora:
¡Lo que el gusano inmundo no devora
Lo devora el olvido!

Entra en Nínive, en Menfis, en Esparta;
Revuelve sus arenas movedizas;
En su desolación los ojos harta,—
Y busca de sus héroes las cenizas.
¡Ni aun en la piedra se salvó su historia
¡Todo al paso del tiempo se derrumba!
¡Nada de ellos allí guarda memoria!
¡Mudo el mármol! ¡Anónima la tumba!

No preguntes qué fué de aquellos hombres:
¡Sordos están sus huecos cenotafios;
Y, borrados emblemas y epitafios,
Ni el sepulcro se acuerda de sus nombres

*

Mas ¡ay! aunque tu afán colmado vieras
Y tu fútil propósito cumplido;

Aunque, de boca en boca repetido,
Tu renombre á los siglos transmitieras,
¿Qué es esa edad futura
De quien su fama tu soberbia fía?—
¡Leve pavesa que un instante dura,
Y al fin se apaga en la garganta obscura
De la siniestra eternidad sombría!
Vendrá, vendrá del mundo el postrer día,
Y, el plazo al fin cumplido
Y el lazo universal al fin disuelto,
Cuanto fué de la nada redimido
A la nada otra vez será devuelto.
¡Necio afán infecundo!
¿Donde irá entonces, dí, la humana gloria
Cuando no haya ni mundo
Ni tiempo en que se albergue tu memoria!

¡Oh! ¡La nada! ¡La nada!
¡Tal es, cuando se acerca la partida,
La fatídica imagen enlutada
Que descubre, de horror sobrecogida,
El alma en el placer encenagada!
¡Vanidad! ¡Vanidad!—¡Oh! ¿qué es la vida?
¡Viento fugaz perdido en el espacio!

¡Viento es la choza! ¡Viento es el palacio!
¡Viento es la fama, en vano perseguida!
¡Todo en el mundo es viento!
¡Y de viento va henchida
La capucha del monje macilento!

*

Mas no: si á Dios tu espíritu se eleva
Y en la esfera inmortal del bien se arroba,
No temas, no, la irremisible prueba:
La Muerte, hambrienta como hambrienta loba,
Cuando en tu sér mortal el diente ceba
Sólo la vil mortalidad te roba.

Si estás á recibirla prevenido,
No te asuste su aspecto misterioso:
Ella ofrece la calma y el reposo
Al triste pecho de dolor transido.
En sus dichas la execra el venturoso,
Y en sus penas la invoca el afligido:
¡Sus alas, que con pródigo derroche
Dispersan cuanto Dios potente cría,
Negras parecen á la luz del día,
Y blancas en las sombras de la noche!

Ella en este lugar dice á tu oído:—
«Pobre mortal que, entre cuidados graves
Quizá en altos estudios abstraído,
La fugaz existencia has consumido,
Si no sabes morir ¡necio! ¿qué sabes!»

Óyela; y por tu bien sin tregua mira;
Quizá la hora fatal esté cercana:
¿Sabes tú acaso si verás mañana
La luz de ese crepúsculo que expira?

¡Ah! ¡ven aquí, donde á morir se aprende!
¡Ah! ¡ven aquí, donde entre tierra y cielo,
Cual águila que audaz las alas tiende,
La mente gira con tranquilo vuelo!

Por eso vengo yo, triste y rendido,
A confortar el ánimo cobarde
Cuando, cubriendo al mundo adormecido
Su morado crespón tiende la tarde.

Aquí, donde al sepulcro sus despojos
Rinde la humanidad, en triste calma
Presentan á mi mente y á mis ojos
Ceniza el cuerpo, y luz eterna el alma.

Pero, aunque en este solitario asilo,
Tan dulce, tan sereno, tan tranquilo,
Con empeño constante
Mi esperanza y mi fe buscan su centro
Y la eterna verdad hallan delante,
Siempre, en todo lugar, á cada instante
Iguales espectáculos encuentro;
Y, soñador inquieto y errabundo,
Si busca luz mi obscura inteligencia,
Miro á Dios cuando brilla en mi conciencia,—
¡Y, si busco ceniza, miro el mundo!

DOS CETROS

—

Cetros y coronas.....
¡Miseria y balumba!
En el mundo no hay más que dos cetros
La espada y la pluma.

1892.

BRINDIS

ESCRITO Y LEÍDO EN UN BANQUETE DADO AL AUTOR
POR SUS AMIGOS DE ASTURIAS

—

Cuando en busca de estos mares
Embravecidos y huraños
Visito vuestros hogares,
Siempre me dejo en Pajares
Los achaques y los años.

Pero, por contrario azar,
Que mis provechos trabuca,
Siempre los torno á encontrar
En cuanto vuelvo á pasar
El túnel de la Perruca.

Hermosa, fértil y sana
Es esta tierra asturiana
De que enamorado estoy;
Y merece, por lozana,
Todo el amor que le doy.

Pero, aunque verde y florida
Sus galas perpetuas luce,
Esta región bendecida
Aun es de mí más querida
Por la gente que produce.

Los que pueblan los lugares
De esos bellos horizontes,
Para defender sus lares
Son bravos como esos mares
Y firmes como esos montes.

Yo, señores, soy murciano,
Y orgulloso de ello estoy;
Pero, aun sin ser asturiano,
Me tengo por vuestro hermano,
Ya que en el alma lo soy.

Mas son distingos sutiles:
Para Asturias no hay fronteras
Ni pasiones concejiles;
Vuestros pechos varoniles
Son españoles de veras.

Sin pasioncillas espurias
Con que el patrio amor se empaña,
Ahorrando envidias é injurias,
Ponéis sobre todo á Asturias,—
Y sobre Asturias á España.

Y es justo; — porque, á mi ver
Fuera cosa singular
Que, olvidando lo de ayer.
No supierais defender
Lo que supisteis ganar.

Sin que la fuerza os lo imponga,
La patria en Cangas fundada
Hasta Cádiz se prolonga:
¡Si es tan grande Covadonga,
Es porque llega á Granada!

Conservad en la memoria
Esa página bendita,
Portada de nuestra historia:
La española ejecutoria
Con sangre vuestra está escrita.

Brindemos, pues, como hermanos;
Y, sin envidia ni saña,
Estrechémonos las manos:
¡Viva Asturias, asturianos!
¡Españoles, viva España!

San Juan de Nieva, Septiembre de 1894.

Á UNA MAGA

Tú, que en las horas de congoja y duelo,
Volando alegre por la obscura esfera,
Cuando la suerte me persigue artera,
De visiones de paz pueblas el cielo;

Tú, que, aplacando mi perpetuo anhelo,
Siempre de mis desdichas compañera,
Las turbias heces de mi vida entera
Tornas en dulce filtro de consuelo,

Fresca Imaginación, cuyo celaje
De luz, de amor, de dicha y de bonanza
Baña en alegres tintas mi follaje,

¡Dame, pues tu poder á tanto alcanza,
Un jirón de tu espléndido ropaje
Para echar un remiendo á mi esperanza!

1.º Mayo 1895.

ENERO

Cual pasos de tullido pordiosero
Que huella torpe las escarchas frías,
Sus largas noches y sus cortos días
Alterna triste claudicando Enero;

Calla helado el arroyo prisionero
Que ayer pobló los aires de armonías;
De las celestes bóvedas sombrías
Desciende en copos mudo el aguacero;

Solos los campos, las florestas solas,
Toda es silencio la enlutada esfera,
Y hasta el férvido mar cuaja sus olas.

¿Es sueño? ¿Es muerte?—¡Oh mundo! ¡Espera! ¡Espera!
¡Mañana, coronada de amapolas,
De amor te inflamará la Primavera!

1895.

Á UN POBRE

Llama sin temor, anciano;
Que el aldabón de mi puerta,
Siempre al infortunio abierta,
No hiere al pobre la mano.

Cordial hospitalidad
Se ofrece aquí con llaneza:
Quien sabe lo que es pobreza
Sabe lo que es caridad.

Ya lo ves: cuando á los hierros
De esa verja el rostro asomas,
Ni se azoran mis palomas,
Ni airados ladran mis perros;

Mi familia, alborozada,
Sale, al ver que tu bordón
Pulsa el rústico escalón
De mi rústica morada;

Depositando en tu mano
Sencillo disco de cobre,
Porque sabe que eres pobre
Te recibe como á hermano;

Y al verte de hambre temblar,
Te ofrece, risueña y franca,
Pan moreno y leche blanca
Acabada de ordeñar.

Ella no sabe si en pos
De algún mal fin va el potente;
Mas sabe que el indigente
Viene de parte de Dios.

Desecha vanos recelos,
El rústico umbral traspasa,
Y éntre contigo en mi casa
La bendición de los cielos.

Depón, depón el rubor:
¡ Tu grosero traje informe
Es el glorioso uniforme
De los hijos del Señor !—

El cierzo duro de Enero
Te está haciendo tiritar:
Siéntate al tranquilo hogar
Que aromatiza el romero;

Seca tus burdos vestidos
Á su apacible calor,
Y él restituya el vigor
Á tus miembros ateridos.

Alienta; que hallo, en verdad,
Unidas á tu pobreza,
No sé qué humilde grandeza
Ni qué triste majestad:

La frente, que al suelo inclinas,
Ciñen, con visos extraños,
La diadema de los años
Y la corona de espinas;

Y tu manto desgarrado,
De polilla carcomido,
Ante la llama tendido
Parece un cielo estrellado.

Otro mejor te daré,
Que la lluvia no traspasa:
El tuyo, en bien de mi casa,
Por reliquia guardaré;

Y, si Dios sacia el anhelo
De mi espíritu inmortal,
Ése es el manto triunfal
Con que he de entrar en el cielo.

1896.

Á UNA CIEGA

No temas, no, que con esfuerzo vano
Tras ti, ciega Fortuna, me remonte:
Espera que tus ímpetus afronte,
No que tienda á tus dádivas la mano.

Sé que he de hallar abrojos en el llano;
Sé que he de hallar espinos en el monte,
Y, en el linde fatal de tu horizonte,
Árido yermo ó fétido pantano.

Toda gran esperanza es gran quimera.
Por eso, sin afanes ni porfías,
Resignado prosigo mi carrera,

Sabiendo que, al extremo de mis días,
El Desengaño sórdido me espera
Con las manos abiertas y vacías.

TESTIGO MOLESTO

—

Quiero á solas vivir, y no consigo
La dulce soledad apetecida;
Que, de mis propias dichas enemigo,
Siempre, siempre, en mi huída,
Donde quiera que vaya voy conmigo.

ABATIMIENTO

—

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
Me daba por presagio!
¡Milésima ilusión desvanecida!
¡Milésimo naufragio!

¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes
Que la espuma blanquea!
¡Qué eterno proejar en las corrientes,
Contra viento y marea!

¡Siempre, siempre huracanes desatados
Y escollos escondidos!
¡Y siempre, sobre mares ignorados,
Cielos desconocidos!

Hasta la aguja al polo dirigida
Mi cálculo burlaba,
Y, á maléfico influjo sometida,
Del rumbo me apartaba.

¡Y así he buscado el puerto, de año en año,
Siempre con vano empeño!
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!

No fué sólo furor de los ciclones;
Culpa cabe al piloto:
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
Mi torpe mano ha roto!

¡Y aun sigo, entre los duros elementos,
Sobre el hirviente abismo!—
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
¡Cansado de mí mismo!

Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
Ni un temor ni un deseo:
Sólo siento subírseme á la boca
La náusea del mareo.

Ni un recelo cobarde me da guerra,
Ni una ambición me anima:
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!....
¡Pero échamela encima!

16 Abril 1896.

ENCUENTRO

—

Yo caminaba doliente
(¡Como tantos caminantes!)
Cuando encontré, de repente,
Los trozos de una serpiente
Que aun vibraban palpitantes.

Y, ante aquel cuadro abatida,
Con angustia y con horror
Pensó el alma dolorida:—
«¡Ya en el sér no queda vida,
Y aún sigue vivo el dolor!»

COMPASIÓN

—

Tú lo sabes, Señor, mi vida entera
Gasté buscando el bien con fe segura,
Y elevando los ojos á esa altura
De donde el alma tu favor espera;

Mas, bajo el hueco de la torva esfera,
Temblando de ansiedad y de pavura,
Sondé sin fruto la tiniebla impura
Donde ni un rayo tuyo reverbera.

¡Ay! Aunque agudos siento los dolores
Que, en tanta confusión y duda tanta,
Sufrí pisando abrojos punzadores,

Más mi afligido corazón quebranta
Recordar el estrago de las flores
Que, andando á ciegas, estrujó mi planta.

31 de Julio de 1896.

NICTALOPIA

(EN LA DESGRACIA)

Cuando en nuestro horizonte el sol se encumbra
Y en luz el aire anega,
Con su espléndido rayo nos deslumbra,
Nos ofusca y nos ciega;

Y, mientras en su vívido torrente
Baña el celeste velo,
Con infantil error juzga la mente
Que él solo llena el cielo.

Pero, cuando en ocaso apaga el día
Su postrimer centella,
De cada sombra que la noche envía
Va surgiendo una estrella;

Y, en el nocturno abismo transparente,
Pidiendo humilde rito,
Más sereno, más claro, más patente
Se muestra el Infinito.

1896.

DOS TRONOS

—

Midiendo mi ambición, dos tronos hallo
Que un hombre puede sin desdén mirar:
Para la guerra, el lomo del caballo;
Para el descanso, el poyo del hogar.

Á X***

—

No admiro yo la oliva que sombrea
Tus anchos horizontes,
Ni el cándido rebaño que blanquea
Como nieve tus montes,

Ni la negra pïara gruñidora
Que en la loma vecina
Con ímpetu famélico devora
Los frutos de la encina,

Ni las yeguas que pacen tu dehesa,
Ni los potros cerriles
Que tu marca condal llevan impresa
En los anchos cuadriles,

Ni el parque ni la cómoda morada
De tu agreste retiro,
Ni el blasón que decora su portada:
¡Tu corazón admiro!

El que á buscarte dolorido viene
Jamás en balde llora;
Que tu mano tendiéndose previene
La mano del que implora.

Los frutos de tus campos mal seguros
Llaman al indigente,
Y es propicia la sombra de tus muros
Al triste y al doliente.

De tus trojes, al pobre convidando,
Mana en raudal el trigo,
Y el umbral de tu puerta van gastando
Las huellas del mendigo.

Tu tiempo se desliza, de hora en hora,
Siempre al bien consagrado,
Y tu mano siniestra siempre ignora
Lo que la diestra ha dado.

Por eso, tu conciencia inmaculada,
Con varonil aliento
Verá temblar la bóveda estrellada
Y hundirse el firmamento;

Que, cuando el trueno cóncavo revienta
Dando al crimen castigo,
Te dice por lo bajo la tormenta:—
«Esto no va contigo.»

7 Mayo 1896.

TODO RELATIVO

—

A D. Juan López Parra

La gaviota cenicienta
Parece, cuando alza el vuelo,
Negra sobre el claro cielo,
Blanca en la obscura tormenta.

Conservando á su raudal
El mismo frescor la fuente,
Sabe en invierno caliente,
Sabe en verano glacial.

La amapola que en Abril
Hollamos con pie ligero,
Entre las nieves de Enero
Fuera orgullo del pensil.

El sol, cuando débil arde
Tiñendo el cielo de grana,
Hace alegre la mañana,
Como hace triste la tarde;

Y es que, al parecer, envía
Más luz, sin mayor derroche,
Tras la sombra de la noche
Que tras el fulgor del día.

Dolor que insufrible ayer
Parecer al alma pudo,
Hoy, tras dolor más agudo,
Tiene dejos de placer;

Y, en cambio, sufrimos días
De angustias tan extremadas
Que las tristezas pasadas
Nos parecen alegrías.

En ti, mundo engañador,
Donde todo es farsa y sueño,
Nada hay grande ni pequeño:
Todo es mayor y menor.

1896.

SUEÑO DORADO

—

Al eminente pintor D. José Villegas

Si Dios á mi vejez guarda el reposo
Que tantas veces con afán le pido,
A orillas del Cantábrico brumoso,
Lejos del mundo buscaré el olvido.

A una playa, entre Muros y Salinas,
Sediento de quietud, de paz, de calma,
Iré á beber las ráfagas marinas
Que al cuerpo dan vigor y temple al alma,

Y á gozar, esquivando las injurias
Del mefítico ambiente madrileño,
Las auras aromáticas de Asturias,
Que vuelven á mis párpados el sueño.

Entre aquellas montañas colosales
Que detienen la nube pasajera,
Siempre á mi corazón vuelven leales
Los sentimientos de la edad primera.

Mi cuna se ha mecido entre pastores,
Á la sombra oscilante de la encina
Que mueve, al revolar por los alcores,
El viento de la sierra convecina;

Y han arrullado mi niñez las quejas
De la tórtola errante en los oteros,
Y el zumbido letal de las abejas
Que en España desfloran los romeros;

Y mi oído infantil han halagado,
Repercutiendo allá de risco en risco,
Los silbos del zagal que descuidado
Conduce las ovejas al aprisco;

Y el sueño he conciliado, pobre infante,
Al siniestro gañido del lobato,
Y al ladrido del perro vigilante
Que en la sombra nocturna guarda el hato;

Y, más tarde, entre jaras y quejigos,
Me han prestado su noble compañía
El potro y el lebrel, fieles amigos
De mi remota juventud un día.

Por eso amo los montes y los valles,
Y odio de las ciudades la penumbra
Y el sucio ambiente de sus hondas calles
Que sólo en el cenit el sol alumbra;

Y por eso, en sus muros confinado
Y aspirando su fétido perfume,
Soy un viejo alcotán aprisionado
Que de tedio en la jaula se consume.

*

¡Ah, Señor! ¡cuántas pálidas auroras
Me han hecho tristes arrugar el ceño!
¡Cuántas noches de angustia, cuyas horas
Lentas pasaban sin traer el sueño!

¡Deja, deja á mis ojos ver el ampo
De la nieve en las ásperas montañas!
¡Dame la libre soledad del campo!
¡Dame la alegre paz de las cabañas!

Fueda yo, recostado en una peña,
Junto á aquel mar azul que el cielo cubre,
Dar al olvido, entre la hirsuta breña,
El hedor de esta atmósfera insalubre;

Y, vagando por valles y por lomas,
Al soplo de los aires vespertinos
Respirar confundidos los aromas
De las algas, los henos y los pinos;

Y, en las plácidas noches del verano,
Entre el rumor del viento y de las olas,
Tranquilo adormecerme al són lejano
De las dulces marinas barcarolas;

Y, antes que dore el alto firmamento
La aurora que los cielos engalana,
Oir entre la sombra el ronco acento
Del gallo, precursor de la mañana,

Y de la agria carreta gemidora
El eje rechinante que voltea,
Y el rumor de la gente labradora
Que principia su rústica tarea;

Y, á la trémula voz de la campana
Que llama á la oración antes del día,
Ver los cielos vestirse de oro y grana
Y estremecerse el mundo de alegría,

Cuando arden los lejanos horizontes
Y los valles recónditos humean
Y en las cimas azules de los montes
Jirones de vapor al aire ondean.

¿Cuándo podré, á la luz del sol que brilla
Reflejado en el agua bullidora,
Ver cuál se aleja de la seca orilla,
Mar adentro, la barca pescadora,

Que, moviendo á compás los largos remos
Cuando taja las ondas espumantes,
Parece destilar por sus extremos
Cataratas de líquidos diamantes,

Y luego, al viento que su casco azota
Soltando el lienzo de una y otra vela,
Semeja cenicienta gavïota
Que, rasando la mar, tranquila vuela!

Logre yo, por la trémula espesura
Ir mis informes versos esbozando
Sin método, sin orden, sin premura,
Conforme el corazón los va dictando,

Y al margen del arroyo, en la floresta
Que cruce sobre mí sus ramos dobles,
Dormir el blando sueño de la siesta
Bajo el dosel flotante de los robles;

Ó estampar en las playas arenosas,
Que la brisa del mar liviana orea,
Las huellas de mi paso caprichosas
Que, al volver, ha borrado la marea;

Y sorprender, en alas de los vientos
Que vienen de las breñas más lejanas,
Como un coro de silfos los acentos
De las dulces canciones asturianas;

Y cuando el sol declina al Océano
Y la noche, al ganar la excelsa altura,
Arrastra, por el monte y por el llano,
De su manto talar la fimbria obscura,

A la postrera luz que en tintas rojas
Baña las nubes con vistoso alarde,
Respirar bajo el palio de las hojas
El balsámico ambiente de la tarde,

Y ver, sobre el crepúsculo encendido,
Que el ocaso de púrpura jaspea,
Los vuelos del murciélago aturdido
Que en círculos fantásticos voltea;

Y, cual astros que á tierra derribados
Lanzó la noche de sus negros tules,
Descubrir en los setos y vallados
Las pálidas luciérnagas azules;

Y por las altas selvas seculares
Ó por la cresta de la escueta duna
Ver cómo surge de los hondos mares,
El disco silencioso de la luna;

Y pasar las veladas de Febrero
Con la robusta gente campesina,
En torno del hogar donde arde el tuero
Perfumando la lóbrega cocina;

Y, tras cena frugal junto á las llamas,
El sueño conciliar, con Dios á solas,
Al plácido susurro de las ramas
Y al confuso bramido de las olas!

*

¡Oh Asturias, donde la áspera maleza,
Corona de la indómita montaña,
Recuerda en cada ruina una grandeza
Y en cada roca estéril una hazaña!

¡Heroica raza que en el pecho sientes,
Con modestia incapaz de conocerlo,
La dulce placidez de los valientes
Que realizan prodigios sin saberlo,

Tú, á quien conceden, confortando el alma
Capaz de toda bélica proeza,
Las montañas inmóviles su calma
Y el mar embravecido su fiereza,

Deja que entre tus rústicos hogares
Ponga mi pobre hogar desconocido,
Como el águila esquiva de tus mares
En islote desierto labra el nido!

Déjame vèr el férvido torrente
Que socava el peñón y arranca el brezo,
Donde, para beber de su corriente,
Con salto audaz el tímido robezo

Los cuatro hendidos pies á un tiempo sienta
Sobre la monda vacilante lastra
Cuyo contorno el agua pulimenta
Con las arenas que en su curso arrastra;

Déjame hollar los picos arrogantes
En cuyas cuevas se guarece el oso,
Velados por las gasas oscilantes
De tu pardo celaje nebuloso;

Y tus prados que duro el viento agita
Ó en curvas ondulantes mueve el aura,
Que el sol canicular nunca marchita,
Que el ambiente marítimo restaura;

Déjame oir las olas de tus mares
Que al soplo del invierno se alborotan,
Y, por minar sus lindes seculares,
Los peñascos estériles azotan;

Déjame ver la charca cristalina
Que en círculos concéntricos señala
El paso de la errante golondrina
Si en las diáfanas linfas moja el ala;

Déjame ver tus montes contrapuestos
Que el horizonte cierran á los ojos
Con sus picos indómitos y enhiestos
Coronados de pinos y de abrojos,

Y recorrer los márgenes floridos
Donde entre chopos el Nalón dilata
Su tranquila corriente, que invertidos
Los cerros y los árboles retrata;

Y entrar en tus románicas ermitas
Cuyo ambiente de paz el alma orea,
Y escuchar las leyendas inauditas
Que el pueblo religioso fantasea!

*

Como se clarifica el lago en calma
Turbado ayer por el furor del viento,
En tu tranquila soledad el alma
Va dejando su turbio sedimento,

Y del crespo oleaje se despoja,
Y cobra transparencia, y cada día,
Desechando un rencor ó una congoja,
Un átomo de cieno al fondo envía.

¡Concédeme, Señor, que en el reposo
De ese cielo, esos montes y esos mares,
Las flores de mi invierno, al fin dichoso,
Presente por ofrenda en tus altares!

Allí, bogando en plácida bonanza,
El alma regirán, de gozo henchida,
La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Timón y velas de la humana vida.

Allí, abismado en éxtasis eterno,
Lejos de los que gárrulos blasfeman,
Me inundará tu amor, cual sol de invierno
Cuyos rayos alumbran y no queman.

Allí, del mundo pérfido apartado,
Mis dulces noches, mis serenos días,
Libres al fin de incómodo cuidado,
Leves serán, como ánforas vacías;

Y allí, desvanecida la memoria
De todas las falaces ilusiones,
Á tu amor, á tu culto y á tu gloria
Consagraré mis últimas canciones,

Hasta que, ante tu voz que eterna vaga,
Se extinga entre mis labios la armonía,
Como lámpara inútil que se apaga
Cuando surge el albor del nuevo día!

Julio de 1896.

EN LA MONTAÑA

Arroyo que en las alturas,
Donde vida y jugo das
Á estas verdes espesuras,
De peña en peña murmuras
Sin decirme adónde vas:

De tus aguas cristalinas
Ni nombre ni origen sé,
Ni, entre cerros y colinas,
Por qué vertiente declinas,
Hasta besarles el pie.

Mas tu linfa, que al pasar
Á este bosque presta savia,
Sé que al fin ha de pagar
Tributo al Nalón ó al Navia,—
Y Navia y Nalón al mar.

Sí; que por sotos umbríos
Ó por selvas seculares
Ó por desiertos baldíos,
Las fuentes van á los ríos,
Y los ríos á los mares.

Por eso, cuando fluir
Te veo para bajar
Y nunca para subir,
No sé por dónde has de ir,
¡Mas sé dónde has de parar!

¡Parar!..... ¿Pararás acaso
Cuando del mar infecundo,
Que te ha de cortar el paso,
Por oriente ó por ocaso
Llegues al seno profundo?

No; que con saña cruel,
Tus apacibles corrientes,
Perdidas al fin en él,
Aumentarán el tropel
De sus olas inclementes,

Y, si el huracán las toca
Cuando sobre ellas se explaya,
Correrán con furia loca
Bramando de roca en roca,
Gimiendo de playa en playa.

Y no han de parar tus males
En esa dura faena,
Ni siempre irán tus raudales
Quebrantando sus cristales,
Ya en el cantil, ya en la arena:

No; que en ligeros vapores
Y en lluvia de ellos caída,
Darán, por montes y alcores,
Á otras fuentes y á otras flores
Nuevo curso y nueva vida.

Pero ¡ay!, tristes ó rïentes,
¿Cuándo volverás á ver
En tus formas diferentes
A esas flores y á esas fuentes
Que hoy te prestan gala y ser?

¡Triste destino que alcanza
Cuanto es, y será y ha sido!
¡Siempre la eterna esperanza!
¡Siempre la eterna mudanza!
¡Y siempre el eterno olvido!

Septiembre de 1896.

DESPUÉS DE LA BORRASCA

—

A mi amigo Don Juan García Aldeguer

Pasaron las tormentas y los ciclones
Que de mi vida fueron reciente norma;
Pero el cielo, manchado de nubarrones,
De la última borrasca guarda la forma.

Aunque mansas las brisas mi playa orean
Y el mar de mi conciencia duerme sereno,
Aún á veces mis versos relampaguean,
Y aún su acento recuerda la voz del trueno.

Tal vez su mole abrupta lejano monte
De peñascos revueltos muestra erizada,
Y en el límite extremo del horizonte
Una erupción semeja paralizada.

Y no es absurdo símil en que se place
Turbada ó caprichosa la fantasía:
Aquella masa yerta que inmóvil yace,
Antes de ser granito fué lava un día;

¡Lava, lava candente que á borbotones
En cúmulos inmensos se amontonaba! —
¡No es mucho que la forma de sus peñones
Á la vista recuerde que fueron lava!

Salinas, 1.º de Octubre de 1896.

CALMANTE

Coro inmenso de voces rumorosas
Que en la tranquila soledad resuenas
Y de misterio incomprensible llenas
Las horas de la siesta perezosas:

Zumbar de las abejas oficiosas
En torno de las próvidas colmenas;
Murmullo de la mar en las arenas
Por las desiertas playas cadenciosas:

De mi existencia en el desnudo yermo,
Sobre la superficie movediza,
Con vuestro dulce cántico me duermo.

¡Así, cuando el dolor le martiriza,
Concilia el sueño al fin el niño enfermo,
Al sabido cantar de la nodriza!

Salinas, 3 de Octubre de 1896.

ELLA

A Tiburcio Rodríguez

¿Con que he de confesarte por la posta
(Y aun antes que lo diga me das vaya)
Qué vengo yo á buscar en esta costa,
Ó qué se me ha perdido en esta playa?

Pues bien: aunque me tachen de indiscreto,
Lo sabrás; mas por Dios el labio sella.
Confieso que acertaste mi secreto:
Sólo falta decirte quién es ella.

¡Ella!.....—Si tú la vieras, la amarías,
Y mi afición de viejo disculparas:
Tú también con su trato gozarías,
Si, como yo, de cerca la trataras.

No rías: la esperanza no me adula
Ni los triunfos de amor me da baratos.
¡Ay! ya sé que no puedo con la bula;
Pero aun puedo con ella, ¡aun puedo... á ratos!

¡Pocos, sí! Nuestras breves relaciones
Siempre hallaron obstáculos sin cuento.
El bullicio, las fiestas, las reuniones
No me dejan tratarla ni un momento.

Si en público á mis ojos aparece,
Nunca cruza conmigo la mirada;
Pero en la soledad me favorece:—
Porque es tímida, fosca y recatada.

Si ella no acude en mi favor propicia,
Nunca atino á decirle lo que siento;
Y es que, falto de práctica y malicia,
Se me hiela en el labio el sentimiento.

Pero ella, adivinando mis amores,
Como ve que, aunque viejo, soy novicio,
Me concede, á las veces, sus favores,
Por sincero y desnudo de artificio.

De gozar sus serenas alegrías
Me apartan inquietudes y negocios:
Yo le diera mis noches y mis días,
Pero sólo le puedo dar mis ocios.

Por verla, sin tan sórdidas penurias,
Suelo venir aquí,—no siempre en vano,
Porque estos montes ásperos de Asturias
Le placen: sobre todo, en el verano.

Y como va su gusto con el mío,
De encontrarme con ella estoy seguro,
Ya en las floridas márgenes del río,
Ya de los bosques en el fondo obscuro.

Y, donde hay madreselvas ó amapolas,
Donde una fuente el cielo azul retrata,
Donde en un arenal zumban las olas,
Donde un arroyo su cristal dilata,

Donde una nube entolda el firmamento,
Donde el sol en las aguas reverbera,
Donde tienden los álamos al viento
La verde susurrante cabellera,

Allí, al nacer ó al expirar el día,
Con faz alegre ó con semblante huraño
Ella me aguarda siempre—¡la Poesía!—
Sentada al pie de un roble ó de un castaño.

Salinas, 2 de Octubre de 1896.

CONSULTA

Ásperas rocas, arenosas playas
Que azota en su furor la mar sombría,
Selva en que apenas el fulgor del día
Circula entre los robles y las hayas,

Viento campestre que en su fronda ensayas
Con dulce voz tu agreste melodía;
Nube fugaz que en la región vacía
Del espacio sin fin el vuelo explayas:

Huyendo triste del tumulto humano
Busco del bien la solitaria estrella,
Y á vuestra soledad la pido en vano.

¡Decidme, por favor, si sabéis de ella,
Ó si ese astro fugaz, siempre lejano,
Sólo en sueños fantásticos destella!

Salinas, 10 de Octubre de 1896.

VISIÓN

A Ortega Munilla

Por los ámbitos lóbregos de un sueño
Vi cruzar un fantasma peregrino
Que, envuelto en nube de fulgor divino,
Me llamaba mirándome risueño.

Seguirle quise con ardiente empeño,
Fascinado y extático y sin tino;
Pero, al tocar su manto purpurino,
Veloz huyó, mirándome con ceño.

Sentido de su rápida mudanza,
«¿Por qué—dije—te places en mi daño?»
Y él, al desvanecerse en lontananza,

«Yo soy—me dijo con semblante huraño—
Para quien no me logra, la Esperanza;
Para quien me consigue, el Desengaño.»

CONFIDENCIA

A Leopoldo Alas

Oye lo que, en ronco estruendo
Que hizo la playa temblar,
Ayer me dijo la mar,
Ya bramando, ya gimiendo :—

«No temas, alma sombría;
Que, puestas en parangón,
Hermanas gemelas son
Tu suerte y la suerte mía.

Rivales en arrogancia
Como en inquietud rivales,
Dechados somos iguales
De soberbia y de inconstancia.

Ya verde, ya azul, mi velo
Mudable y tornasolado
No es tan verde como el prado
Ni tan azul como el cielo;

Porque á mi altiva fiereza
No dió la fortuna impía
Ni la terrena alegría
Ni la celeste pureza.

Mi líquido turbulento,
Que los peñascos disloca,
No es duro como la roca
Ni impalpable como el viento;

Mas, si en batirlos se empeña
Sus fuerzas menospreciando,
Terror infunde luchando
Con el viento y con la peña.

Cuando olvido mis furores,
En mi cristalino espejo
Los claros cielos reflejo,
Y me tiño en sus colores;

Pero si espeso capuz
De negras nubes levanto,
Yo misma fabrico el manto
Que me priva de su luz.

Aunque el ansia me da guerra
De competir con el cielo,
También me aqueja el anhelo
De parecerme á la tierra;

Y, abultados por la bruma
Con apariencias extrañas,
Finjo valles y montañas
Y ventisqueros de espuma.

Si gigantescas se empinan
Mis olas, que inmensas crecen,
Conforme avanzan parecen
Cordilleras que caminan:

De tal modo, que, al mirar
Mi faz y la de la tierra,
Con quien siempre vivo en guerra,
No sabe el hombre afirmar

Si son montes, cuando hinchadas
Limitan los horizontes,
Mis olas, ó si sus montes
Son olas petrificadas.

Cuando altiva me alboroto
Y airada con ella riño,
Por todas partes la ciño
Y en todas partes la azoto;

Pero mi cólera enfrena
La misma que la provoca,
Con un pedazo de roca,
Con un puñado de arena;

Y, aunque mi peso la abruma,
Se burla de mis furores,
Porque todos mis rencores
Se resuelven en espuma.

Versátil, voluble, inquieta,
Todo me altera y me irrita:
El cielo me solicita,
La tierra vil me sujeta;

Y esclava, ya de mi amor,
Ya de mi cólera vana,
Para ser el alma humana
Sólo me falta el dolor.»

Salinas, 15 de Octubre de 1896.

DESPEDIDA

—

Asturias: ¿hasta cuándo?—¡Dios lo sabe!
¿Veré otra vez la cumbre de estos montes
Ó me cierra desde hoy la dura llave
Del destino esos verdes horizontes?

¡Ay! De todo, mi espíritu recela;
Y, bajo el peso de la edad que avanza,
Cuando más largo mi esperanza vuela
No se aleja ni á un año mi esperanza.

Ya apagan mi calor los desengaños,
Lo que era fuego ayer es hoy ceniza,
Y la eterna corriente de los años
Ligera por mi cauce se desliza.

Sol que este bosque doras con tu llama:
Cuando, mañana al despuntar la aurora,
Me muestres la aridez del Guadarrama,
Contaré un año más que cuento ahora.

¡Un año más!—¡Y todos tan iguales!
¡Tan llenos de congoja sin medida!
¡Trece lustros completos y cabales!
¡Espacio enorme de la humana vida!

No es mucho que, al mirar hacia mañana
Cuando deja este suelo el triste anciano,
Bajando con dolor la frente cana
No se atreva á decir:—«¡Hasta el verano!»

Y ¿cómo ha de mirarte sin ternura
Quien te debe cual yo, tierra querida,
Sus horas de salud y de ventura
En los últimos años de la vida?

Pero ¡ay! cuando me alejo de tus mares
Sobre los férreos círculos que ruedan,
Al trasponer las cumbres de Pajares,
Mi gozo y mi salud en ti se quedan.

¡Adiós! — ¡Y quiera el Cielo que algún día
Cuando mi edad complete al fin su giro,
Abreviando piadosas mi agonía
Lleven tus auras mi postrer suspiro!

Subiendo el puerto de Pajares, 21 de Octubre de 1896.

EL PROGRESO

I

Cuando severa la Historia,
Sin flaqueza y sin encono
Separe el oro y la escoria,
La Ciencia será la gloria
Del siglo décimonono.

Hombre, que incansable alientas,
Y, en medio de tus furores
Y de tus luchas sangrientas,
Con noble ambición aumentas
La herencia de tus mayores:

Por tu esfuerzo nunca vano,
Por tu incesante inquietud,
Hoy el espíritu humano,
De la tierra soberano,
Se acerca á su plenitud,

Y tu atrevida razón
Tan diligente camina,
Que, á cada generación,
De la infinita ecuación
Una incógnita elimina.

Dignas de tus ambiciones,
Dejan absorto el sentido
Las fuerzas de que dispones
Cuando á tu servicio pones
Lo heredado y lo adquirido;

Y tanto los vuelos crecen
De tu genio singular,
Que, aunque indómitos parecen,
Tus caprichos obedecen
Cielo, tierra, viento y mar.

Ya, de su magia seguros,
Los modernos Zoroastros
Con poderosos conjuros,
Por los espacios obscuros
Paran y mueven los astros.

Copérnico el movimiento
Negó al sol; y, en su ilusión,
Clavándolo al firmamento,
Repetir creyó el portento
Que vió absorto Gabaón;

Y la Tierra, que pasmada
Tal propósito veía,
De su asiento desquiciada,
Por una elipse cerrada
Girando en torno corría.

Mas hoy, rendido al poder
De otro genio colosal
Que más claro logró ver,
El Sol se vuelve á mover
Y la elipse es espiral.

Si la esfera cristalina
Algo á tu vista vedó,
Ya tu inducción peregrina
Por indicios adivina
Lo que ver no consiguió:

El astro que en las regiones
Del éter frunce ó dilata
La curva en que lo supones,
Con tales aberraciones
Nuevos astros te delata;

Y, á guarismo reducidas
Sus señas, que bien comprendes,
Por sendas de ti sabidas
Entre las mallas tupidas
De tu cálculo los prendes.

Es tan segura y tan alta
La ciencia que sorprenderlos
Logra cuando el cielo asalta,
Que ni verlos le hace falta,
Pues los conoce sin verlos.

Mas, de aparatos provista
Tu sagaz observación,
Cuando les sigues la pista
Corroboras con la vista
Lo que anuncia la razón:

Los planetas colosales
Cuyo lejano reflejo
No alcanzan ojos mortales,
Como alondras al espejo
Se acercan á tus cristales;

Y si hay partes del gran todo,
Que aun no logras ver así,
Ésas, por distinto modo,
Muestran en secreto al yodo
Lo que te ocultan á ti.

*

Tú de la luz cenital
Disuelves el arrebol,
Y, por arte magistral,
Con un prisma de cristal
Destrenzas el rayo al sol:

En premio de tus desvelos,
El signo de paz te apropias
Que Dios extendió en los cielos,
Cuando sobre blancos velos
Las tintas del iris copias;

Del iris, cuyos fulgores
Alegran la inmensidad:
Listón de siete colores
Que en su manto de vapores
Despliega la tempestad.

*

Los cuerpos opacos pueblas
Con los fantasmas que evocas;
Y, desvaneciendo nieblas,
Hallas luz en las tinieblas
Y transparencia en las rocas.

¡ Portento de los portentos !
Hasta el astro misterioso
Que cruza los firmamentos
Te anuncia sus elementos
Con su rayo luminoso;

Y, á negra placa sombría
Que tu industria le prepara,
Su firma en rayas envía:
Profunda taquigrafía
Con que su esencia declara.

*

Y, si sagaz adivinas
Lo que el ancho espacio encierra
Y á los cielos te avecinas,
¡Con qué prodigios dominas
El mar, el viento y la tierra!

Los peligros afrontando,
Resistencias vas venciendo,
Ya las olas dominando,
Ya los montes taladrando,
Ya los nublados hendiendo.

*

Hoy el marino navega
Seguro de polo á polo;
Que, cuando al agua se entrega,
Lleva el viento en su bodega
Como en sus antros Eolo.

Allí, en caldera bullente,
Se fragua la tempestad
Que, á su mandato obediente,
Voltea la hélice ingente
Con rauda velocidad.

Dos aspas, girando aprisa
(Terror del sollo y la chopa),
Son alas de dócil brisa
Que, á sus órdenes sumisa,
Hiere siempre al barco en popa.

Por seguro derrotero,
Sobre el ondulante charco
Va el piróscafo ligero:
Mientras vela el marinero
No teme choques el barco;

Que, en rutilante guirnalda,
Para dar cuenta de sí
Lleva un diamante á la espalda,
Y á la diestra una esmeralda,
Y á la siniestra un rubí.

Ya tranquilo se desliza,
Sin miedo á médano ú hoya,
Sobre el mar que el viento riza:
Ya no hay banco ni valiza
Ni fondeadero sin boya;

Tras la niebla, en triste acento
La sirena gime al pie
Del cantil, y en su lamento
Delata al escollo el viento,
Que ayer su cómplice fué;

El faro su luz tranquila
Derrama en la inmensidad:
Ojo insomne que vigila
Con encendida pupila
La nocturna obscuridad;

Y así, cuando el firmamento
Sus astros al mundo niega,
Puede el navegante atento
Saber á cada momento
Por qué regiones navega;

Que, en varias combinaciones
De luces y de cristales,
Sobre la costa dispones
Brillantes constelaciones
De estrellas artificiales.

*

Pero, en tu ardiente heroísmo,
Sin temores ni recelos,
Quieres vencer por ti mismo
Á los monstruos del abismo
Y á las aves de los cielos:

Con audaz intrepidez
Penetras en la onda fría
Y exploras su lobreguez,
Compitiendo con el pez
Nacido en la mar bravía;

Y, flotante monumento
De tu audacia sin rival
Aspirando al firmamento,
Se eleva el globo en el viento
Más que el águila caudal.

Si hoy su inmensa mole vana
Cede á la racha enemiga
Que juega con él liviana,
Los cuatro vientos mañana
Serán su dócil cuadriga.

La peña horadas cual barro
Para trasponer el cerro,
Y con esfuerzo bizarro
Unces la nube á tu carro
Sobre dos barras de hierro.

Sin absurdos exorcismos
Transformas los horizontes,
Y sin graves cataclismos
Vas colmando los abismos
Y perforando los montes.

Tú los macizos ahuecas
De sus entrañas profundas,
Las cumbres en llanos truecas,
Los anchos lagos desecas
Y los desiertos inundas.

Más que las manos de Alcides
Son poderosas tus manos:
Los mundos pesas y mides,
Los continentes divides
Y juntas los Oceanos.

*

Aunque se oculte á tu vista,
Á tu mandato severo
No hay fuerza que se resista:
La luz es tu retratista,
Y el rayo tu mensajero.

Por férreos hilos tendidos
Corre de aquí para allí;
En puntos por ti elegidos,
Con cifras y con sonidos
Escribe y habla por ti;

Y, sin que logren cortar
Su curso el agua ni el viento,
Que no lo sienten pasar,
Une á las olas del mar
Las olas del pensamiento.

Ya, por un cable entesado,
Veloz el globo circunda,
Ya, en un alambre encorvado
Rendido y aprisionado,
Los aires en luz inunda;

Y en las noches consagradas
Al estudio ó al solaz,
Con ambas alas cortadas
Ilumina tus veladas
El relámpago fugaz.

*

Por ti á la palabra esquiva
Del ignorante ó del sabio
No hay ya distancia excesiva:
Por un hilo corre viva
Cual vibra al salir del labio.

Por ti halagan el oído
Voces ausentes ó muertas;
Que, en un cilindro esculpido,
Guardas el eco dormido
Y de un soplo lo despiertas.

Mísero acento mortal:
Con tus dulces inflexiones
Ó tu iracundia brutal
Te gozarán perennal
Futuras generaciones.

Gracias al rayo veloz
Que en tu mano centellea,
Hombre incansable y precoz,
Eterna es desde hoy la voz,
Como es eterna la idea.

Tanto los ímpetus crecen
De tu genio singular,
Que, aunque indómitos parecen,
Tus caprichos obedecen
La tierra, el viento y el mar.

¡Hombre! ¡tu inmensa potencia,
Que ayer era vaticinio,
Ya es innegable evidencia!
¡Tu augusto cetro es la ciencia,
Y el planeta tu dominio!

¡Merced á la luz subida
Que en torno de ti derramas
Como lluvia bendecida,
Hoy el árbol de la vida
Cubre el mundo con sus ramas!

II

Pero, aunque el orbe sumiso
Ves á tu genio inmortal,
En tu nuevo paraíso
Que renuncies es preciso
Al árbol del bien y el mal.

¡El bien y el mal! ¡Cara ciencia
Que te arrojó del Edén
Y te costó la inocencia!
Y al fin—responde en conciencia—
¿Qué sabes del mal y el bien?

BIEN, para la ciencia humana
Cuando lo intangible explica,
Es palabra hueca y vana
Á que tu razón liviana
Conceptos sin fin aplica.

Siempre, de constancia ajeno,
Tomas, tras breve intervalo,
La trïaca por veneno:
Lo que ayer fué malo es bueno;
Lo que ayer fué bueno es malo.

Hoy las naciones aherrojas,
Mañana expulsas los reyes;
Y, entre mortales congojas,
Como la selva sus hojas
Mudas costumbres y leyes;

Que, en perdurable ansiedad
Y en insensato furor,
Miserable Humanidad,
Tu verdad sólo es verdad
Después de haber sido error.

Y no es que, á puro ascender
Por la esfera soberana,
Nuestros astros logres ver:
¡No tal! ¡el error de ayer,
Error vuelve á ser mañana!

La estrella que vacilante
Se hundió en el triste Occidente
De tu horizonte inconstante,
Con resplandor más brillante
Vuelve á surgir por Oriente.

En alterna sucesión,
Pasan por el fondo obscuro
De tu confusa razón
Las ideas de Platón,
Los átomos de Epicuro.

Uno te baña en el lodo,
Otro en la luz increada
Quiere fundirte á su modo:
Hegel te da su Dios Todo;
Schopenhauer, su Dios Nada;

Y hoy, con retorno imprevisto
Por tu inteligencia ruda,
De nuevas armas provisto,
Frente á la gloria de Cristo
Su nirvana sienta Buda.

¡Y, si orgulloso depones
Los ídolos con que pueblas
Tus absurdas religiones,
Todas tus exploraciones
Se pierden en las tinieblas!

En esa región sombría
Que sonda tu mente ociosa,
Nada alcanzan, alma impía,
Tu vana filosofía
Ni tu ciencia cautelosa.

¿Qué importa! Con estupendo
Valor, el cielo explorando,
Sus senos vas revolviendo,
Unas veces discurriendo
Y otras veces observando.

Ya, con ridículo error,
Piensas hallar la evidencia
Cuando empuñas *la mayor*,
Desenvainas *la menor*
Y ensartas *la consecuencia*,

Y, en la ilusión que después
Te ocasiona ese embolismo,
Al Sér Absoluto ves
Encerrado entre las tres
Paredes de un silogismo;

Ya, prudente y sabihondo,
Con tal jerga no te ofuscas:
Quieres ver mondo y lirondo
Al mismo Dios;—y en el fondo
De tu retorta lo buscas.

Ingredientes preparando,
El uno del otro en pos
En ella los vas echando,
Y aguardas que fermentando
Salga la Esencia de Dios:

Salvo (¡como es natural!)
Condenarlo en rebeldía
Con sentencia capital
Cuando, citado, en su día
No acude á tu tribunal.

Con prudente rigorismo,
Ni un hecho sólo repudias,
Y, á solas contigo mismo,
Miras, observas y estudias
La piedra y el organismo.

Ves que al hierro busca el rayo.....
Ves que palpita la arteria.....
Y, después de cada ensayo,
Repites para tu sayo:—
«¡Son leyes de la materia!»

Y como, firme y certero,
Todo, entre uno y otro polo,
Sigue su ley, dices fiero:—
«Pues el reloj anda solo,
¡No hace falta relojero!»

Y, cuando de tu sistema
Eliminas á Elihú,
Sacas, por final teorema,
Que hay una Fuerza suprema, —
Y esa fuerza no eres tú.

Conoce al pastor la grey,
Conoce el siervo al Señor,
Conoce al gañán el buey; —
Y tú, que encuentras la ley,
Niegas al Legislador.

Si alzarte quieres á Él,
Tus sistemas son colosos
Como esa férrea Babel
Que en París levantó Eiffel
Para recreo de ociosos:

Pirámide irregular
Que ni á los ojos agrada
Ni se sabe á qué aplicar;
Maravilla singular
Que no sirve para nada;

Obra inútil que, aunque dé
Á su autor claro renombre,
Es capricho puesto en pie,
De donde sólo se ve
La gran pequeñez del hombre.

Sabio que nunca te humillas,
Y estudias, para negarlas,
Las celestes maravillas:
¡Á Dios se va de rodillas! —
¡Y tú no sabes doblarlas!

Ni tu ciencia analizarlo
Ni tus ojos pueden verlo;
Y en balde esperas hallarlo,
Si en vez de reverenciarlo
Te empeñas en comprenderlo.

¿Abarcar quiere tu mente
Lo infinito? — ¡Estás lucido
Si ignoras, pobre demente,
Que ha de ser lo continente
Mayor que lo contenido!

¿Cuándo más grande, alma terca,
Será el puñado que el puño,
Ni el cercado que la cerca,
Ni el tornillo que la tuerca,
Ni la moneda que el cuño?

En vano será que gires
Del uno al otro confín
Y que obcecado delires:
Por donde quiera que mires
No has de hallar á Dios el fin.

¡En vano, entre los escombros
De una y otra religión,
Buscas prodigios y asombros,
Si no nacen en tus hombros
Las alas de la oración!

Con ellas se tiende el vuelo,
Con ellas se alcanza todo;
Mas tú, sin mirar al cielo,
Te revuelcas en el suelo
Como un reptil en el lodo.

Desde él, con cerviz enhiesta,
Lanzas á la eternidad
Tu irreverente protesta,
Como tu saber compuesta
De soberbia y ceguedad.

Pero Dios, á quien provoca
Tu voz moviéndole guerra,
Desprecia tu furia loca,
Y al fin te tapa la boca
Con un puñado de tierra.

*

Entregada á tu razón
La ciencia del bien y el mal,
Y mudo tu corazón,
Al par de tu religión
Corre ciega tu moral.

Con descabellado intento
Y absurda soberbia vana,
Pides al entendimiento
Lo que es en la vida humana
Producto de sentimiento.

Buscas en la inteligencia
Los frutos del corazón:
¡Y la paz de la conciencia
No sabe darla tu ciencia
Ni lograrla tu razón!

¡Ah! lo que Bacon inquieto
No pudo en su genio hallar,
Lo hallaron, claro y escueto,
En su ergástulo Epicteto
Y Job en su muladar.

Y esa fuerza, que renombre
No busca, ni lucro en pos,
Se llama, con vario nombre,
Virtud, si la alcanza el hombre;
Gracia, si la otorga Dios.

Ella á la ley soberana
La frente serena inclina,
Y es sumisión lisa y llana
De la voluntad humana
Á la voluntad divina.

Al talento más experto
Se aventaja el corazón
Cuando á Dios se ofrece abierto;
Que el bien no está en el acierto:
El bien está en la intención.

Sin más código moral
Convertirás en edén
Este infierno terrenal:
El bien es querer el bien;
El mal es querer el mal.

Mas ¡ay!, al error propicia,
Tu torpe naturaleza
Los dones más altos vicia:
Eva te dió su malicia
Y Adán te dió su flaqueza.

De tu saber engreído
Frunces la nublada frente;
Que, soberbio y descreído,
Siempre te halaga el oído
La lengua de la serpiente.

Nunca tus actos se rigen
Por la sencilla virtud;
Y en eso tienen su origen
Los afanes que te afligen
De la cuna al ataúd.

¿Qué vale que tu razón
Su imperio en el mundo ejerza,
Si, en constante agitación,
Más de prisa que tu fuerza
Va creciendo tu ambición?

Poco importa que del trueno
Disponga tu voluntad:
Jamás vivirás sereno
Mientras lleves en el seno
La envidia y la iniquidad.

Ni aun ahuyentando la muerte,
Ni aun suprimiendo el dolor,
Feliz consiguieras verte:
¿Qué te vale ser más fuerte,
Si no sabes ser mejor!

*

¡Y, mientras en lucha insana
Te das á ti mismo guerra,
Pretende tu mente vana
Dirigir la caravana
De los hombres por la tierra!

¡Ay! ¡aunque indagues ladino
Las leyes que el orbe rigen,
Mal andarás tu camino
Desconociendo tu origen
É ignorando tu destino!

Por saberlos, iracundo,
Das tormento á tu razón;
Y, con esfuerzo profundo,
Por la evolución del mundo
Calculas tu evolución.

Mas ni esa base ilusoria
Te da firme fundamento
Para adivinar tu historia:
¿Te es, por ventura, notoria
La suerte del firmamento?

Ya supones que, apagados
Los soles, á ellos caerán
Los planetas despeñados,
Y, por el choque incendiados,
Nebulosas formarán,

Que, por los anchos abismos
De los espacios profundos,
Con sus elementos mismos
Darán, en nuevos guarismos,
Origen á nuevos mundos;

Ya llegas á presumir
Que la Fuerza persistente
Dejará de persistir,
Ó, en las esferas latente,
Sueño eterno ha de dormir,

Y los astros, á millones,
Parecerán, apagados
En las etéreas regiones,
Negro enjambre de moscones
En éxtasis arrobados.

¡Oh, si por frutos opimos
Lograra tu entendimiento
Agregar á sus esquimos
La historia de esos racimos
Que penden del firmamento!

Si el cielo abarcar pudieras
Y entre tus manos avaras
Al fin cogido lo vieras,
¡Con qué placer lo exprimieras
Y de un sorbo lo apuraras!

Mas, si por milagro un día
Tanto hiciera tu poder,
Ni aun así se aplacaría
Esa eterna sed impía
De inquirir y de saber:

Juzgando verdades claras
Cuanto tu mente ideó,
Si el secreto á Dios robaras,
Aún conocer intentaras
Lo que nunca Dios soñó.

Junto al borde del abismo
Vagas triste y macilento,
Engañándote á ti mismo
Con el falaz espejismo
De tu propio pensamiento;

Y tras él, de breña en breña,
Tu inteligencia sin fe
Desbocada se despeña:
Tanto anhela cuando ve,—
Y piensa ver cuanto sueña:

¡Crisálida misteriosa
Que, si lo futuro escarba
Y lo pasado desglosa,
No sabe si ha sido larva
Ni si ha de ser mariposa!

Hablas de males y bienes;
Y, cuando te encumbras más
Y por más sabio te tienes,
Ni sabes de dónde vienes,
Ni sabes adónde vas.

Ya imaginas que á tu oído
Llegan los cantos triunfales
Del hombre futuro, henchido
De venturas terrenales
En progreso indefinido;

Ya supones, sin embargo,
Cansado de progresar
Y hallando el camino largo,
Que al fin podrás en letargo
Delicioso reposar.

¡Falso ensueño esplendoroso!
¡Ilusión risueña y vana
Pensar que, en ocio dichoso,
Solaz encuentre y reposo
Tu rendida caravana!

La idea que sin sosiego
Persigue tu fantasía
Soñando alcanzarla ¡ciego!
Es la columna de fuego
Que en el desierto te guía.

Tras ella caminarás
Siguiendo su rumbo incierto,
Mas nunca la alcanzarás:
Por ella progresarás;—
¡Pero siempre en el desierto!

Humanidad que, sin tino,
Fatigada de marchar
Buscas fin á tu camino:
¡No es arribar tu destino!
¡Tu destino es caminar!

¡Moisés! ¡Moisés! ¡no te entregues
Á grata ilusión mentida!
¡Por mucho que al cielo ruegues,
Morirás antes que llegues
Á la tierra prometida!

¡Nunca esa tierra ilusoria
Premio de tu afán será!—
¡Cuando alcances en la gloria
La palma de tu victoria,
Ni tierra ni mundo habrá!

Mas no cejes receloso,
Hombre, si Dios no te escucha;
Que es empeño candoroso
Buscar fijeza y reposo
Donde todo es cambio y lucha.

Comprende al fin el misterio
Que tu alto destino encierra:
La vida es un cautiverio;
Y, aunque es la tierra tu imperio,
¡No es tu galardón la tierra!

Concluído en 11 de Noviembre de 1896.

LA LUCHA

Al doctor Göran Björkman

¡Horrenda ley del universo entero!
¡Ó matar ó morir despedazado!
¡Todo es fauce! ¡hasta el labio sonrosado!
¡Presa es todo! ¡hasta el tigre carnicero!

Y en esa lucha ¿qué ventura espero?
Sucumbir, si me rindo resignado;
Y, si venzo y devoro despiadado,
Seguir, arrepentido, mi sendero.

¡Ah! si es fuerza, Señor, morir de frío
Ó avivar el incendio; si te plugo
Que haya el hombre de ser débil ó impío;

Si hay que imponer ó que sufrir el yugo,—
Entre verdugo ó víctima, Dios mío,
¡Víctima quiero ser, y no verdugo!

Salinas, 9 de Octubre de 1896.

OBSESIÓN

Condensándose negra en las tinieblas,
Una sombra más tenue que las nieblas
Forma humana tomó;
Me asió por el cabello encanecido,
Y, acercando sus labios á mi oído,
De esta suerte me habló:

«Tu mente en vano rechazarme espera:
Yo soy la inseparable compañera
Que, allá en tu soledad,
Á todas horas, invisible y muda,
Te turba el corazón: yo soy la Duda,
Madre de la Ansiedad.

»Dios, que verdad y error confunde á veces
Para probar al hombre, de las heces
Del caos me formó;
Y, al desgarrar á la creación los velos,
La lobreguez que arrebató á los cielos
En mí la condensó.

»De varias suertes, por distinto modo,
Yo tu espíritu agito, y el de todo
Cuanto ha sido y será.
Inmenso es mi poder; mi ser, eterno:
Antes que mundo hubiera, yo al infierno
Dí pobladores ya.

»Cuando aun la muda eternidad sombría
Su curso por los astros no medía,
Yo en el empíreo entré,
Y, á Luzbel despojando de sus galas,
En alas de murciélago las alas
Del ángel transformé.

»¡Ay del triste mortal en cuya frente,
Cautelosa, fatídica, inclemente,
Cuelgo mi tela vil!
Su esperanza, su fe, sus ilusiones
Van cayendo, una á una, en las prisiones
De mi trama sutil.

»En vano receloso el hombre cuida
De someter á peso y á medida
La verdad que entrevió:
Yo dejo las verdades más obscuras,
Cuando en sus dos balanzas inseguras
Opongo un Sí y un No.

»Hinchada como leve montgolfiera,
La inteligencia vanidosa espera
Cruzar la inmensidad;
Yo, aspirando su viento con mis labios,
Vacio la inteligencia de los sabios
Que hinchó la vanidad.

»Yo domino en Ayer como en Mañana;
Yo en las alturas de la mente humana
Soy el férreo espigón
Que, sin fijar el juicio, lo sujeta:
Como gira en su perno la veleta,
Gira en mí la razón.

»Donde yo habito, la Verdad no cabe;
Por mí ya el hombre distinguir no sabe
La cara y el envés.
Yo soy la niebla que tu vidrio empaña,
¡Oh inteligencia! yo la vil cizaña
Que sofoca tu mies.

»Yo los filos emboto al pensamiento;
Las series interrumpo; con mi aliento
Hielo la inspiración;
Yo trunco al silogismo las escalas;
Yo corto á las hipótesis las alas,
Y el cauce á la inducción.

»Mi culto no conoce apostasía:
¿Dónde hay doctrina, dogma ni teoría
Que valga contra mí?
Parias me rinden Religión y Ciencia:
No existe corazón ni inteligencia
Que no me lleve en sí.

»Para llegar al Cielo, los creyentes
Por mano de la Fe levantan puentes
Donde afirmar el pie;
Yo, que lamiendo sus pilares fluyo,
Sorda, y artera, y pertinaz destruyo
Los puentes de la Fe.

»Yo, del pálido asceta macilento
Los éxtasis disipo con mi aliento;
Yo turbo su oración;
¡Oh Dios! cual brisa que deslustra el lago,
Yo de tu imagen el contorno vago
Borro en su corazón.

»No hay dogma que á mi análisis resista:
Yo, al bonzo y al fakir turbo la vista,
Y al imán y al brahmín.
Como cae la piedra en el abismo,
Va en mi seno cayendo el fanatismo
Sin término ni fin.

»En vano contra mí las religiones
Indignadas levantan sus pendones:
Brahma y Buda y Alah,
Bajo mi sombra, que lo invade todo,
Trémulos se hacen seña con el codo
Murmurando:—¡Ahí está!

»Al pisar mis linderos, nadie avanza.
Mi diestra, ya entumece la esperanza,
Ya quebranta la fe:
Yo al interior del alma el rostro asomo,
Y al hombre emprendedor pregunto:—¿Cómo?
Y al creyente:—¿Por qué?

»Yo el corazón convierto en dura roca.
Yo el ósculo de amor hielo en la boca
Del ardiente amador.
Yo marchito la tez de la doncella,
Y, estampando en su frente mi honda huella,
Desvanezco su amor.

»Si á su paso me encuentra el heroísmo,
Presa de insuperable parasismo,
No pasa más allá.
César por mí, perdida la entereza,
Se cubre con la toga la cabeza
Y al hierro el cuello da.

»¡Locos aquellos que vencerme esperan!
Debajo de mi planta no prosperan
Constancia ni tesón.
Por mí ya es la virtud árbol sin fruto:
Por mí el pecho en Filippos se abre Bruto,
Y en Útica Catón.

»Yo sé arrancar la inmarcesible palma
De mano de los mártires. No hay alma
Cerrada para mí:
Cristo mismo en la suya me halló un día,
Cuando clamó doliente en la agonía:
¿LAMMA SABACHTHANÍ!

»Nada á mi vista perspicaz se esconde.
¡Ay del alcázar, ay del templo en donde
La mirada fijé!
Yo á toda institución mino el cimiento:
Á mi paso no queda monumento
Que firme dure en pie.

»¿Dónde hay pueblo que evite mi carcoma?
Nínive, y Menfis, y Cartago, y Roma
Sucumbieron por mí:
Para abrir á sus pies la obscura huesa,
Yo los repliegues de mi sombra espesa
Sobre ellas extendí.

»Como el simun la arena del desierto,
Yo aforismos y máximas subvierto
Con mi eterno poder;
Y, alterando su forma al horizonte,
Hoy convierto en abismo ó torno en monte
Lo que fué llano ayer.

»Nadie me evita aunque su rumbo tuerza:
Yo soy la fuerza opuesta á toda fuerza,
Y, á toda fuerza, igual.
En guarismo, mi fórmula es un cero
Que circunvala el universo entero
Con círculo fatal.

»Yo á cuanto tiene espíritu doy guerra:
Yo arrebato sus flores á la tierra
Y al cielo su arrebol;
Yo enrojezco la estrella brilladora;
Yo amortiguo y apago de hora en hora
Las fáculas del sol.

»Dios forma y puebla en la extensión obscura
Los astros rutilantes que en la altura
Tachonan su dosel:
Yo obscurezco y amargo cuanto Él puebla,
Con una sola gota de tiniebla
Y otra gota de hiel.

»Bien y mal, lo celeste y lo terreno,
La verdad y el error, todo en mi seno
Se abisma por igual:
Yo soy la noche que en fundir se goza
Las sombras del palacio y de la choza
Con su sombra total.

»Yo materia y espíritu gobierno.
Grande, terrible, universal, eterno,
Continuo es mi poder;
Y, en el astro, en el átomo, en el hombre,
Por mi efecto tal vez cambio de nombre,
Mas no cambio de sér.

»Duda soy, si encadeno el pensamiento;
Soy Mal, si la conciencia desoriento;
Si turbo el corazón,
Soy Pavor; si las células deshago
Y el amor en los átomos apago,
Soy Muerte y Destrucción.

»La Muerte, sí, la Muerte pavorosa
Duda es también: la fuerza misteriosa
Que perturba el compás
Y el ritmo paraliza de la arteria,
Es la Duda estancando la materia.
¡Duda, Duda no más!

»Si Dios, pensando, el universo crea,
Si en Dios la idea es sér y el sér idea
É idénticos los dos,
Hasta en Dios muestro yo mi poderío:
¿Qué pueden ser el caos y el vacío
Sino dudas de Dios?

»Yo doy de asolación continuo ejemplo:
Yo carcomo la cúpula del templo
Y el leño de la cruz.
Por mí ya el hombre, oh Dios, sin fe te nombra:
¡Más grande soy que Tú, yo, que en mi sombra
Logro envolver tu luz!

»¡Y en sombra quedarás! ¡Á mi albedrío
Sujeto al fin, desde el cenit sombrío
Hasta el negro nadir,
Con mudo espanto, con terror profundo,
Por mí en tinieblas sumergido el mundo
Desde hoy ha de vivir!»

*

Dijo, y se disipó.—Tibia en Oriente
Desplegaba la aurora sonrïente
Su fúlgido arrebol;
Y, rasgando á la noche el manto obscuro,
Lento, tranquilo, plácido, seguro
Se alzó en Oriente el sol.

Y, entretanto, una voz que el alma oía,
Con acento dulcísimo decía:—
«Mortales, ¡esperad!
¡Deponed la congoja y el recelo!
¡Siempre á la eterna Duda rasga el velo
Dios, eterna Verdad!

ÍNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.	
Preludio	3
Meditación	9
Murcia	14
Fuerza y bondad	22
El toque de oración	23
Quietud	25
A Amalia Ortiz	26
Caridad	27
Per umbras	30
En un álbum	32
La golondrina	33
A mi amigo C.***	40
Consolación	41
Á Pura Iñigo	42
Después de una lectura	45
Cumpleaños	46
Dos milagros	50
Abril	51

Páginas.

Mujeres y rosas 53
Reverberación 56
Agua y arena 57
Diálogo 64
Explorando 65
Deus ignotus 66
In excelsis 67
Exhortación 68
Al niño Ignacio de Palacio y Maroto 71
Consejo 72
Salutación 73
Pareja mixta 78
Ceniza 79
Dos cetros 92
Brindis 93
Á una maga 97
Enero 98
Á un pobre 99
Á una ciega 103
Testigo molesto 104
Abatimiento 105
Encuentro 108
Compasión 109
Nictalopia 110
Dos tronos 112
Á X*** 113

Páginas.

Todo relativo 116
Sueño dorado 118
En la montaña 130
Después de la borrasca 134
Calmante 136
Ella 137
Consulta 141
Visión 142
Confidencia 143
Despedida 148
El Progreso 151
La lucha 188
Obsesión 189